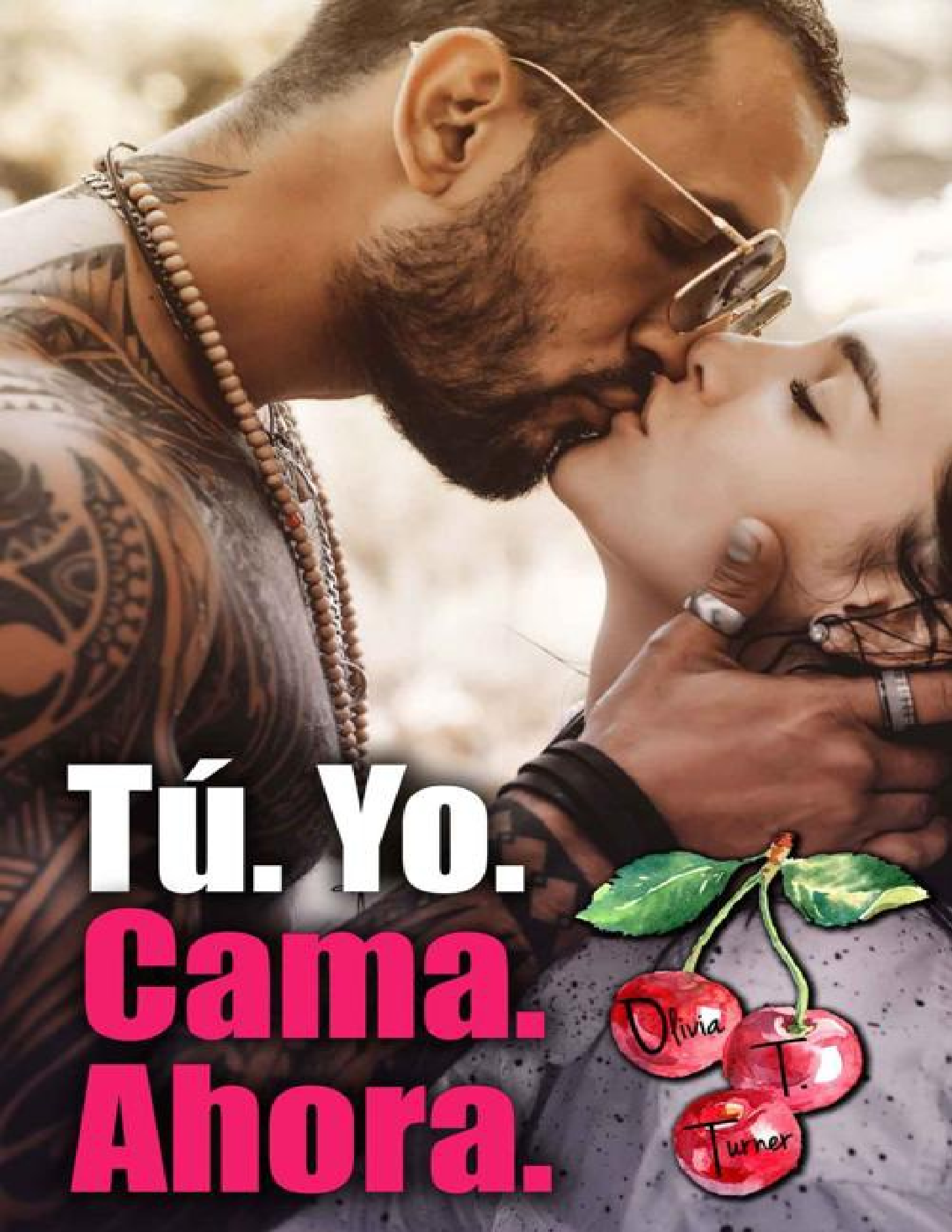

Tú. Yo.
Cama.
Ahora.
Olivia
T.
Turner

TÚ. YO. CAMA. AHORA.

OLIVIA T. TURNER



ÍNDICE

Tú. Yo. Cama. Ahora.

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Epílogo
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

TÚ. YO. CAMA. AHORA.

Es mi primer día como nueva reportera cubriendo al famoso equipo de rugby de Nueva Zelanda.
Soy estadounidense y no sé nada de rugby, pero después de dar un paso dentro del vestuario tras el partido, me he convertido en una *gran* fanática.
Estos hombres enormes y rudos son verdaderos alfas.
Y hay uno que destaca por encima de los demás.Akea Saluni.
El dios samoano.
Cubierto de tatuajes tribales, este hombre cincelado tiene músculos *por doquier*.
Él pone el 'ahh' en samoano.
Hace que La Roca parezca un guijarro.
Me pone de rodillas.
Y una vez que este hombre posesivo posa sus ojos oscuros en mí, es exactamente donde voy a quedarme...

¡¡¡Oh sí!!! Nos dirigimos a Nueva Zelanda por un jugador de rugby samoano que busca anotar con su única y verdadera. Exagerado. Amor instantáneo. Y por supuesto, ¡un final feliz dulce como el azúcar garantizado!
Ya sabes cómo lo hacemos. Agarra este libro y deja que Akea te ponga de rodillas...

Dedicado a mis amantes de OTT...
¿Quién más babearía conmigo todo el día viendo fotos de jugadores de rugby?
¡Os quiero, chicos!



CAPÍTULO UNO

Zoey

—¿Quién es el mariscal de campo en este equipo?

El reportero deportivo mayor me lanza una mirada extraña.

—Deporte equivocado, cariño.

Lo miro con cara de incomprensión.

Él pone los ojos en blanco y suelta un suspiro.

—¿Eres de Estados Unidos?

Asiento. Tengo el estómago tan encogido por los nervios que apenas puedo hablar.

—No hay mariscales de campo en el rugby —continúa mientras se pasa una mano por su fino cabello blanco—. Estás pensando en el medio apertura.

—¿Un medio apertura? —digo con una risita—. ¿Como una mosca? *Bzzzzzz.*

Dios mío, ¿acabo de agitar las manos como un insecto? Vaya manera de mantener el profesionalismo, Zoey.

Su rostro arrugado se frunce en una mueca mientras me mira como si se preguntara qué tipo de metanfetamina he consumido.

—¿Cómo conseguiste este trabajo?

—Es una larga historia —respondo, aunque en realidad no lo es. Trabajaba como reportera deportiva en Boston, de donde soy, y mi trabajo era cubrir los partidos de tenis. Al hijo del dueño de la cadena le gusté. El sentimiento *no* era mutuo. Así que me enviaron hasta Nueva Zelanda para cubrir el deporte menos popular de Estados Unidos después de la lucha de dedos de los pies, el hockey subacuático (sí, ambos son cosas reales) y el cricket.

Soy la nueva reportera de rugby para Sports Coverage And Analysis, o SCAA como se nos conoce más comúnmente.

—¿Alguna vez has visto siquiera un partido de rugby? —El reportero mayor se ha girado y ahora está completamente enfocado en mí. Estamos esperando fuera del vestuario de los

jugadores para las entrevistas y los otros reporteros empiezan a volverse para mirarme también.

Oh, mierda. Puedo sentir cómo mis mejillas se ponen de un rojo brillante.

—Sí —digo, lanzándoles una mirada indignada.

—Aparte del que acaban de terminar de jugar.

—Oh, entonces no.

Algunos de ellos se ríen. Más de unos cuantos ponen los ojos en blanco.

—¡Los estadounidenses no tienen respeto por el deporte! —dice un tipo enorme mientras lanza las manos al aire. Tiene el cuerpo inmenso de un ex jugador—. ¿Tienes idea de lo duro que tuve que trabajar para llegar a este lugar frente a esta puerta?

Me quedo mirándolo, esperando que no me coma. Juro que empiezo a encogerme ante él mientras se acerca. O quizás es solo cómo me siento.

—Jugué al rugby toda mi juventud, en la universidad, tres años en un equipo de granja. —Va contándolos con sus gruesos dedos mientras yo me quedo ahí, deseando que el universo se apiade de mí y simplemente me trague—. Seis años profesionalmente. Me destrocé ambas rodillas, el codo, me rompí la columna.

—¿Te rompiste la columna? Qué asco. —Simplemente se me escapa. Por suerte, está demasiado alterado para oírme.

—Luego volví a la universidad para estudiar periodismo, terminé en lo más alto de mi clase, trabajé en cinco empleos de mierda durante seis años en tres cadenas diferentes, y después de otros cuatro años rompíendome el culo finalmente conseguí este trabajo cubriendo a los New Zealand Mostly-Grays.

Da otro paso hacia mí y trago saliva. —Y *tú*... Te asignan aquí como castigo. Es un inconveniente. Apuesto a que ni siquiera puedes decirme qué es un scrum.

—¿Como la cosa en tu ducha?

Simplemente sacude su enorme cabeza mientras me mira como si hubiera arruinado todo su día. —No la *mugre* del jabón, un *scrum* de rugby.

Patata, patata. No sé cómo pronuncian las cosas aquí en Nueva Zelanda. ¿De qué está hablando siquiera?

—¿Los vestuarios tienen un problema con la mugre del jabón o algo así? —Estoy buscando cualquier historia. Es una lamentable, pero hasta ahora es todo lo que tengo.

De repente todos se están apartando de mí y sacudiendo sus cabezas.

—¿Dije algo malo? —le susurro al reportero mayor con el que estaba hablando inicialmente.

Está sacudiendo la cabeza, pero se está riendo. —Dijiste tantas cosas equivocadas. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empiezas por decirme el nombre del medio apertura?

Sonríe. —Ese sería Akeakamai Saluni.

Agarro mi bolígrafo y empiezo a escribirlo. *Akeycomguy Salami*.

Ve lo que escribo y luego me quita el bolígrafo de la mano. —No Salami. *Saluni*. Y todos lo

llaman Akea.

Lo garabatea en mi bloc de notas y mientras miro todas las malditas K en su nombre, empiezo a darme cuenta de lo superada que realmente estoy.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora? —susurro.

—La seguridad abrirá la puerta cuando todos los chicos hayan terminado de ducharse y podremos entrar a entrevistar a quien queramos. Akea no concede entrevistas aunque todos lo intentan, pero puedes hablar con cualquier otro que quieras. Si yo fuera tú, empezaría con Jonah Riley. Es un buen tipo y siempre está dispuesto a dar una entrevista.

—Oh. —Me muerdo el labio inferior mientras me pregunto qué preguntarle a un jugador de rugby. Cuáles son sus pasatiempos. Su película favorita. Cómo se llama su perro.

Definitivamente no puedo hacer ninguna pregunta sobre rugby. Diría algo equivocado y todos sabrían que soy una farsante.

Era buena informando sobre tenis. Conocía el deporte a fondo y conocía a todos los jugadores. ¿Por qué demonios tengo que estar aquí solo porque no quise chuparle el pequeño pene flaco a Bryce Evans? A veces la vida no es justa.

—Muy bien, damas y caballeros —dice el guardia de seguridad mientras alcanza la puerta.

Las mariposas en mi estómago de repente empiezan a sentirse como una bandada de gaviotas.

—Ustedes ya conocen el procedimiento. —Sus ojos se posan en mí—. ¿Eres nueva?

—Sí. —Dios, mi garganta está tan áspera.

Me explica las reglas, pero estoy tan nerviosa que no retengo nada.

Y de repente, la puerta se abre y me empujan desde atrás.

El vestuario es grande y espacioso, pero no es tan bonito como algunos de los vestuarios de fútbol americano que he visto en casa. Quizás no tienen el mismo tipo de presupuesto que la NFL o tal vez es porque estos son hombres más duros que no necesitan todas esas cosas lujosas a su alrededor.

El vestuario está ruidoso y caótico con la prensa mezclándose con los jugadores gigantes que están en varios estados de desnudez. Hay muchos choques de manos y gritos mientras celebran su victoria. Los entrenadores parecen furiosos mientras le gritan a un jugador magullado que sangra profusamente de la parte superior de la nariz. Ni siquiera parece notar al médico que le está poniendo puntos.

Me encojo contra la pared mientras lo asimilo todo. La horda de reporteros con la que entré se dispersa, agarrando a los jugadores y empujando micrófonos y cámaras en sus caras.

La mayoría de ellos gira a la izquierda y se apresura hacia el casillero al final de la habitación.

Mi centro se tensa y mi corazón comienza a latir con fuerza cuando veo a quién están rodeando.

Apenas puedo verlo con toda la gente y las cámaras bloqueando la vista, pero los pocos

vistazos que logro obtener hacen que mi piel se caliente y se erice.

Es al menos una cabeza más alto que todos los demás. Ojos marrones intensos. Pelo corto. Barba oscura. Piel bronceada estirada sobre sus grandes músculos cincelados.

Trago saliva y me aclaro la garganta mientras mis ojos recorren sus hombros anchos y redondos. Están cubiertos de tatuajes tribales samoanos.

Un reportero levanta una gran cámara y bloquea mi vista.

Mierda. Vamos, hombre.

Estoy de puntillas, tratando de obtener una mejor vista cuando alguien me toca el hombro.

—¡Hola! Soy Jonah Riley. ¿Quieres una entrevista?

El tipo está ahí parado con una sonrisa esperanzada en su rostro. Se ve un poco tonto mientras está ahí de pie en jeans y una camiseta de Alanis Morissette. Este es el tipo del que me habló el reportero afuera.

—Claro —digo mientras saco mi bolígrafo y mi bloc de notas. Vuelvo a mirar hacia la pared de reporteros reunidos alrededor del sexy samoano.

—No pierdas tu tiempo —dice Jonah—. Akea no da entrevistas.

—¿Ese es Akea? —pregunto, aprovechando la oportunidad para volver a mirarlo. Alcanzo a ver su oreja y hace que mis piernas se debiliten un poco. Cielos, este tipo me va a dar un fetiche con las orejas.

—¿No conoces a Akea? —pregunta, pareciendo sorprendido—. Es el mejor jugador de la liga. Bueno, después de mí.

—¿Qué posición juegas?

Se mueve incómodo mientras sus ojos caen al suelo. —En realidad no juego una posición *per se*. Estoy más en el equipo de práctica.

Quiero reír. ¿Una pequeña novatada del primer día para la nueva reportera? Tengo que recordar agradecerle a mi nuevo amigo por enviarme a entrevistar a un suplente.

—¿Quieres comenzar la entrevista? —pregunta ansiosamente.

—Claro. —¿Por qué no? No es como si algo de esto fuera a ser publicado de todos modos. Una vez que mi jefe lo vea, lo cortará todo. Luego, con suerte, tal vez me despida.

Tengo un ojo en Jonah y otro en Akea. Esos reporteros me están frustrando cada vez más.

¿Por qué diablos no se mueven si él no va a hablar con ellos? ¡Algunas personas por aquí no les importaría darse un festín visual!

—Entonces, Jonah... ¿Cómo se llama tu perro?

—Tengo un gato. Se llama Sparkles.

—Sparkles —murmuro mientras lo garabateo en mi bloc. Ni siquiera estoy prestando atención. Mis ojos están en el otro lado de la habitación y ¡bingo! Acabo de ver un codo. Un codo grande, sexy y tatuado.

Juro que voy a salir de este vestuario con una lista completa de fetiches extraños de partes del cuerpo por culpa de este tipo.

—Ummm. Estás escribiendo con el lado equivocado del bolígrafo.

—¡Ups!

Mis mejillas se ponen rojas mientras giro el bolígrafo y me río nerviosamente. ¡Premio Pulitzer, allá voy!

Garabateo el nombre de su gato y luego vuelvo a mirar a Akea, esperando ver un dedo meñique, un tobillo o algún otro futuro fetiche. Mi cuerpo se congela cuando lo veo mirándome fijamente con una mirada oscura y ardiente.

Ummm... Oh, Dios.

Simplemente me está mirando. Intensamente. Ferozmente. Casi con enojo.

Los reporteros zumbantes a su alrededor le están gritando preguntas, pero él los está ignorando a todos y se enfoca en mí.

¿Por qué está enfocado en mí?

Alguien ha inyectado esteroides a las mariposas en mi estómago y las siento. Con fuerza.

Mi respiración se ha detenido —el tiempo mismo se ha detenido— mientras su mandíbula gruesa se tensa.

Doy un paso atrás y choco contra la pared mientras él fácilmente atraviesa la pared de reporteros y emerge en toda su gloria muscular.

Santa mierda.

Está tan jodidamente bueno.

Un dios samoano.

Es fácilmente el hombre más grande que he visto jamás, con un pecho masivo y brazos como rocas. Parece que podría levantar el autobús del equipo con el pecho.

Los tatuajes tribales oscuros y sexys comienzan en su gruesa muñeca y serpentean hasta sus hombros. Se deslizan sobre su clavícula hasta sus enormes pectorales.

Él pone el "moan" en samoano.

No lleva nada más que una toalla blanca atada precariamente alrededor de su cintura. Su estómago está marcadísimo. Jodidamente *marcado*. Tiene tantos músculos abdominales ondulantes y tensos que estoy segura de que no es anatómicamente correcto. Los biólogos tendrán que cambiar los libros de texto.

Mis ojos bien abiertos se deslizan hacia abajo hasta la V esculpida que apunta hacia su toalla como luces en una pista señalando hacia su polla.

De alguna manera logro respirar, pero mis respiraciones salen rápidas y entrecortadas. Todavía me está mirando. ¿Por qué sigue mirándome?

No estoy en la misma liga que este Adonis samoano. Ni siquiera estoy en el mismo deporte.

—Oh, mierda —susurro cuando se abalanza hacia mí.

Pasa por encima de un banco y la toalla se abre lo suficiente como para que vea un vistazo de sus piernas como troncos de árbol. Apuesto a que podría hacer sentadillas con un elefante.

De repente soy intensamente consciente de los latidos atronadores de mi corazón mientras

camina directamente hacia mí. Se ve aún más grande, aún más sexy, aún más *todo* de cerca.

El agua de su ducha aún está en su cabello desordenado. Gotea por su piel tatuada y rueda sobre los relieves apretados y los valles firmes. Se cierne sobre mí. Mis ojos están al nivel de sus pezones.

Este tipo hace que La Roca parezca un guijarro.

Se acerca aún más y puedo oler el jabón que usó. Puedo sentir el calor de su aliento mientras sale con el ritmo de su pecho agitado. Su cuerpo se ve tan duro. Apuesto a que acostarse con él se sentiría como follar una estatua.

Estoy toda hormigueante y nerviosa y cálida y mareada.

Ni siquiera registro que Jonah todavía está a mi lado, aún divagando sobre su gato.

—Y le encanta ver la televisión —dice al lado de mi cara—. ¿Vas a recordar todo esto?

Solo asiento con la cabeza mientras miro a los ojos de Akea.

—¡Oh, y tengo un tatuaje! —Jonah se quita la camisa mientras se da la vuelta.

Está bien, ¿un tatuaje de un gato llamado Sparkles en su hombro? Akea es sexy, pero nadie es lo suficientemente sexy como para perderse eso.

Me giro y reprimo una risa cuando veo el tatuaje de Sprinkles en la parte superior de su espalda. Ocupa toda la esquina superior izquierda y hay una pancarta rosa con *Sparkles* escrito debajo del tatuaje fotorrealista del gato Ragamuffin.

A Akea no parece gustarle que mis ojos estén en alguien que no sea él. Pone su mano en mi barbilla y gira mi cabeza de vuelta. Lo suficientemente suave como para no lastimarme, pero lo suficientemente firme como para hacerme saber que él tiene el control.

Y mi cuerpo reacciona. A lo grande.

El calor que se arremolina a través de mí comienza a asentarse entre mis piernas. Puedo sentirlo acumulándose en mi coño y filtrándose en mi ropa interior.

—Quiero una entrevista —dice.

Su voz es tan profunda y gruñona. Envía cálidos escalofríos por todo mi cuerpo.

—Ella me está entrevistando a mí —se queja Jonah.

Akea se gira lentamente hacia él con los ojos entrecerrados y el amante de los gatos sale corriendo.

¿Una entrevista? ¿Quiere una entrevista?

Pensé que no daba entrevistas...

—Um... está bien... —murmuro cuando sus ojos oscuros vuelven a mí. Miro hacia mi bloc de notas y pretendo empezar a escribir, pero en realidad solo estoy garabateando tonterías. Estoy tratando de parecer profesional, pero mi mente está acelerada. No puedo pensar con claridad con su atención sobre mí de esta manera.

Es el tipo de guapo que te derrite el cerebro. El tipo que es injusto. El tipo que debería venir con una etiqueta de advertencia: *Advertencia. Los usuarios pueden experimentar síndrome de cerebro nublado. ¡Admire bajo su propio riesgo!*

Me aclaro la garganta. —¿Eres más de perros o de gatos?
Periodismo de alto impacto aquí. Mis profesores estarían tan orgullosos.
—Aquí no.
Jadeo cuando agarra mi muñeca con un agarre irrompible.
—¿A dónde vamos...?
No responde. Simplemente me arrastra hacia las duchas.

CAPÍTULO DOS

Zoey

Suelto un suspiro de alivio cuando me lleva más allá de las duchas, pero vuelvo a contener el aliento cuando abre la puerta de la sauna.

—Fuera.

Es una sola palabra. Dicha con calma. En voz baja. Pero los tres hombres enormes que están dentro salen corriendo como si se lo hubiera gritado un oso grizzly.

No hay duda de que Akea es el alfa supremo del equipo. Todos parecen saberlo hasta la médula.

—Aquí dentro.

Me arrastra hacia la sauna y solo me suelta cuando estoy sentada en el banco de madera.

Hace calor aquí. Un calor sofocante.

El aire es denso y húmedo, y el vapor que se eleva de las brasas ardientes hace que mi camisa crujiente se vuelva húmeda y empapada. Me cubro de sudor por todas partes y empiezo a respirar un poco más fuerte mientras la ropa se me pega al cuerpo.

Akea aún no se ha sentado. Está en la puerta tratando de resolver algo. Estoy demasiado ocupada admirando sus enormes músculos de la espalda, todos tensos y apretados, como para ver lo que está haciendo. Sus sensuales tatuajes polinesios continúan sobre sus hombros redondos y cubren la mitad de su espalda. Estoy mirando boquiabierta los intrincados patrones negros y las líneas finas cuando escucho un fuerte crujido.

¡¿Qué demonios?!

Tiene las manos en el banco y está arrancando la tabla de madera. Cuando la parte por la mitad, empuja el trozo de madera roto a través del mango para que nadie pueda entrar.

...y nadie pueda salir.

Trago saliva con dificultad mientras miro las astillas que sobresalen del lado roto. Acaba de romperlo con sus propias manos. Me da miedo pensar en lo fuerte que es este hombre.

Prueba la puerta y no cede. Satisfecho, se sienta en el banco frente a mí y se reclina. La toalla se abre. *Peligrosamente* abierta. Se detiene en una posición donde puedo ver sus grandes muslos musculosos, pero no mucho más.

Mis ojos suben lentamente por su enorme cuerpo. Su cuerpo parece una figura de acción de He-Man tatuada. No puede ser real.

No me he movido ni un centímetro desde que se sentó. Soy como un conejito asustado que espera que el lobo feroz no la vea.

Mira mi ropa ya húmeda con una mirada sensual. Ya está sofocante y bochornoso aquí, y su mirada ardiente no ayuda.

—Ponte tan cómoda como quieras.

Una gota de sudor se desliza desde mi cuello y baja entre mis pechos. Su mandíbula se tensa cuando la ve.

—Estoy bastante cómoda así —miento. Mi cabello ha perdido todo el volumen que tenía y se pega a mis sienes sudorosas. Mi blusa está pegada a mi piel caliente y húmeda. Me mira como si fuera a arrancarla como arrancó la madera del banco—. He oído que no te gusta que te entrevisten.

—No me gusta.

Nos miramos fijamente durante un largo momento a través del aire pesado y brumoso. El interior de la sauna se carga y chisporrotea mientras las brasas ardientes emiten más vapor.

—De acuerdo —susurro mientras miro mi bloc de notas. El papel se está humedeciendo por el calor—. Mmm, ¿cómo se llama tu perro?

—No. Así es como va a funcionar esto.

Mis ojos se dirigen hacia él mientras se inclina hacia adelante. Dios, esa toalla está colgando de un hilo. Puedo ver todo el camino hasta su pierna.

—Yo te hago una pregunta primero. Luego tú puedes hacerme una.

—Normalmente las entrevistas no funcionan así.

—Cuando las hago yo, sí.

No puedo apartar los ojos de él. Cada palabra de bajo retumbo que sale de su boca vibra a través de mí y va directamente a mi palpitante coño.

Mi cuerpo está ardiendo y mis mejillas arden tanto como las brasas. Apenas puedo respirar aquí, pero no estoy segura de si es por el aire caliente y sofocante o por su ardiente mirada sensual.

—Está bien... ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo te llamas?

—Zoey Ellis.

—Zoey Ellis —lo repite y se lame los labios como si saboreara el primer sorbo de un buen vino. Lo susurra de nuevo y su rostro duro se suaviza.

Intento exprimir mi cerebro nublado en busca de una pregunta relacionada con el rugby, pero

todo lo que sale es sucio.

Finalmente, se me ocurre algo.

—¿Cuánto tiempo llevas jugando al rugby?

—Toda mi vida. ¿Cómo es tu coño?

—¿Qu-?

Mi boca se abre mientras lo miro con los ojos como platos. No se disculpa por sus palabras crudas. Simplemente me mira mientras espera que responda.

¿De verdad acaba de decir eso?

—Ese dulce coño entre tus piernas. ¿Cómo es?

¡Pues sí que lo ha dicho!

—Yo... yo... no... sé cómo responder a eso.

—Entonces será mejor que me lo muestres.

Se inclina hacia adelante y esta vez la toalla se levanta lo suficiente. Veo el costado de su polla larga y gruesa y mi piel sudorosa empieza a erizarse. La toalla comienza a moverse y a agitarse ante mis ojos atónitos mientras su polla se pone dura.

Miro la puerta bloqueada y me pregunto si me dejaría salir.

No es que quiera irme... pero aun así...

—¿Jugaste al rugby en la universidad? —lanzo un pase desesperado. Él lo derriba.

—Oh, no —dice mientras se pone de pie. La toalla blanca vuelve a caer, pero todavía puedo ver el contorno duro de su polla presionando contra ella como si estuviera desesperada por salir —. Así no es como funciona esto.

Me inclino hacia atrás mientras él se acerca. Coloca un puño a cada lado de mí como un gorila dominante a punto de demostrar quién manda en la jungla. Estoy reclinada como en un sillón, con el banco sobre mí clavándose en mi espalda. Su rostro se acerca a un centímetro del mío. Puedo oír su respiración. Puedo oler su aroma masculino y almizclado. Huele a sexo y peligro.

—Si te hago una pregunta, la contestas. ¿Entendido?

Trago saliva con dificultad y asiento. Sus ojos son hipnotizantes. Me tienen fascinada.

Estoy en trance. El sexy mago samoano ha tomado el control sobre mí.

—Ahora —se lame los labios y ahogo un gemido cuando siento su aliento caliente sobre mi piel hormigueante—. ¿Cómo es tu conejita?

Lo único que puedo hacer es mirarlo a los ojos oscuros, atónita.

—Dímelo o lo averiguaré por mí mismo.

Sus brazos tatuados y flexionados me encierran como vigas de acero. Su pecho enorme sube y baja sobre mí. Sus labios están a distancia de un beso.

—Es... rosada.

Su mandíbula apretada se contrae y juraría que oigo un gruñido retumbante emanar de lo profundo de su pecho.

—¿Está húmeda?

Asiento lentamente.

—¿Qué tan húmeda?

—*Muy* húmeda.

Hace una mueca como si la idea de que esté húmeda por él le causara dolor. Espero que no sea así porque estoy lo suficientemente mojada como para matarlo.

—¿Está apretada? —pregunta con voz grave y ronca. Sus palabras ásperas retumban a través de mí, dejando un calor resplandeciente a su paso.

Mi corazón late con fuerza al tenerlo tan cerca. Debería estar asustada, pero estoy más excitada que nada. Mis pezones están duros como rocas bajo mi sujetador y mi conejita está *palpitando*.

—¿Qué tan apretada está tu pequeña gatita?

—Apretada como una virgen —mi voz apenas es un susurro, pero casi hace que este gigante caiga de rodillas. Quita las manos del banco y se pone de pie. Cruza sus gruesos brazos tatuados sobre el pecho mientras me mira con una expresión de emoción en los ojos.

Me incorporo lentamente y mis ojos quedan a la altura del nudo de la toalla. Mis dedos comienzan a hormiguear cuando me doy cuenta de que podría simplemente alcanzarlo y desabrocharlo. La toalla caería al suelo y el hermoso miembro de este hombre espléndido sería visible en todo su esplendor justo frente a mí.

En su lugar, me siento sobre mis manos.

—Hazme una pregunta —dice—. Rápido.

Cierto. La entrevista. Soy tan profesional que lo olvidé por completo.

Echo un vistazo a mi bloc de notas, que ahora está todo mojado y deformado. Probablemente sea por el aire caliente y húmedo, pero ha estado en mi regazo todo este tiempo, así que quién sabe...

—¿Jugaste rugby en la universidad?

—Sí. ¿Quieres que folle tu apretada y húmeda conejita con mi gran verga?

Mi boca se abre de nuevo.

—Oh —dice cuando la mira—. ¿Prefieres que te folle la boca?

No sé qué decir, ni qué hacer, ni cómo actuar. Nadie me ha hablado así nunca. Es tan inapropiado. Tan poco profesional. Es grosero, obsceno, vulgar, y estoy bastante segura de que es ilegal.

Pero estoy intrigada.

El asco y la repulsión que pensé que sentiría no aparecen. El deseo y la excitación han tomado su lugar.

Mi conejita está *ardiendo*. Es como si pudiera oír sus palabras. Quiere hacer todo lo que este sexy samoano tiene en mente y más.

No le importa que esté en el trabajo. No le importa que haya gente afuera.

De repente, está enfadada por haber estado en el banquillo todos estos años y quiere salir a jugar con la estrella de los New Zealand Mostly Grays.

Y me lo está haciendo saber.

Aprieto los muslos para intentar obtener algo de alivio, pero solo empeora las cosas.

—Respóndeme —dice mientras levanta la barbilla—. ¿Quieres que folle tu apretada. Pequeña. Húmeda. Conejita. Con. Mi. Gran. Verga?

Sí. Por favor. Ahora. Mismo.

—Soy una profesional, señor Salami, y esto es cualquier cosa menos eso.

—Es *Saluni*.

Mierda.

—Debes tener salami en mente. Me pregunto por qué será...

Trago con dificultad mientras me mira fijamente.

—Responde mi pregunta.

—No lo haré.

Me siento de nuevo sobre mis manos. Están temblando.

¿Por qué nunca cedo a mis deseos? ¿Por qué siempre soy la chica buena? ¿La chica que espera, la chica que aparta las manos, la chica que gira la mejilla para un beso?

Solo por esta vez quiero ser la chica mala. La chica sucia. La chica que es follada por la gran y gruesa verga de este dios samoano.

—Bien —dice mientras sus ojos oscuros se entrecierran mirándome—. Entonces esta entrevista ha terminado.

De acuerdo. Siempre puedo escribir sobre el gato de Jonah Riley.

—Si hemos terminado aquí, voy a terminar mi sauna.

Mis ojos se abren de par en par y dejo escapar un jadeo cuando alcanza el nudo de su toalla. Con un movimiento de sus grandes dedos, se deshace.

Y cae.

Empiezo por los duros y sexys músculos en V y voy bajando por su vello mientras mi respiración se detiene. Mi pulso se salta unos latidos mientras continúo bajando por la base de su gruesa verga.

Mis piernas están tan apretadas que haría falta una palanca para separarlas.

Joder, sí.

Centímetro a grueso centímetro, mis ojos vagan por su miembro semierecto. Cobra vida ante mis ojos y se engrosa, se endurece y comienza a levantarse. Se está poniendo duro por *mí*.

Las venas a lo largo de su eje comienzan a palpitar e hincharse mientras la cabeza hinchada se eleva hasta sus abdominales. Su pegajoso líquido preseminal comienza a gotear por la hendidura en la punta. Se me hace agua la boca mientras veo unas gotas deslizarse por su grueso y hermoso eje y caer al suelo de madera. Sus grandes bolas se balancean debajo. Sé de qué están llenas y quiero ver más.

Qué hombre tan hermoso.

Estoy sentada allí, rígida como una tabla —aparte del ocasional escalofrío de emoción— mientras lo veo agarrar su duro eje. Sus ojos están fijos en los míos mientras comienza a acariciarlo de arriba abajo.

—¿Ahora quieres responder a mi pregunta? —pregunta mientras se acaricia lentamente. Más gotas de semen rezuman y caen al suelo. Sisean y provocan vapor cuando golpean el piso de madera de la sauna.

Está tan cerca. Podría extender la mano y tocarlo.

Pero no lo hago. Sigo sentada sobre mis manos temblorosas.

El lado travieso de mí quiere tomar el control, pero por ahora, el lado angelical aún tiene el volante.

—Ahora. ¿Quieres que folle tu apretada y húmeda conejita con mi gran verga?

Asiento. Arriba y abajo.

El lado travieso ha abierto la puerta y ha echado a patadas al ángel fuera del coche. Está rodando por la carretera mientras el lado travieso toma el volante y se abrocha el cinturón.

Va a ser un viaje de locos.

—Buena respuesta —dice mientras sus sensuales labios se curvan en una sonrisa maliciosa. Da unos pasos hacia adelante, aún acariciando su enorme pene pulsante que gotea líquido preseminal por todas partes. Una gota cae en mi pierna y dejo escapar un pequeño gemido.

—Eso es solo el principio —dice cuando me ve mirando la mancha húmeda en mis pantalones—. Voy a marcar ese coño rosado y virgen tuyo con esta gran verga y entonces todos ahí fuera sabrán que perteneces a Akeakamai. Si entras en una habitación, saldrán corriendo. Justo como quiero. Sabrán que eres mi chica. Nadie va a tocarte de nuevo, shushukins. No conmigo cerca.

Me ha llamado suya. Me ha llamado shushukins. Ya tiene un apodo cariñoso para mí. Esto está sucediendo realmente.

Mis piernas comienzan a separarse y mi coño palpita en aprobación.

Suavemente me toma del mentón y lo levanta hasta que estoy mirando sus ojos marrones. Su brazo flexionado se balancea mientras acaricia su gran pene.

—Será mejor que te quites la ropa ahora, shushukins. Si me dejas hacerlo a mí, quedarán hechas jirones y no quiero que salgas de aquí con nada de piel al descubierto. Habrá muchos jugadores ensangrentados y huesos rotos si eso sucede.

Saco mis manos y empiezo a desabotonar mi blusa con mis dedos hormigueantes. Mis pezones duelen de lo duros que están. Me pregunto qué hará cuando los vea.

Él deja escapar un gemido profundo y comienza a acariciarse más rápido con cada botón que desabrocho.

Su mandíbula está apretada, el brazo flexionado, el pene goteando líquido preseminal como una manguera con fugas cuando alcanzo el botón sobre mis pechos.

De repente, hay un estruendoso golpeteo en la puerta y dejo escapar un grito ahogado. Estoy demasiado tensa.

Akea deja escapar un gruñido bajo mientras se gira hacia la puerta. Está temblando por los golpes de la persona al otro lado.

—*¡Ocupado!* —grita. Parece que va a acabar con la vida de cualquiera que sea lo suficientemente estúpido como para derribar la puerta.

La madera finalmente se rompe y la puerta se abre de golpe. Akea suelta su pene y se gira hacia la puerta abierta. No intenta ocultar su desnudez. Sus manos están apretadas en puños a los costados. Su pecho masivo está hinchado. Su pene está en plena y hermosa exhibición.

Es un verdadero alfa hasta la punta de los dedos de los pies. No le importa un carajo lo que nadie piense.

—Lo siento, Akea —dice el hombre grande en la puerta mientras baja la mirada al suelo. Es casi tan grande como Akea, pero parece aterrorizado—. Él me obligó.

—¿Quién?

El hombre grande no tiene que responder. El culpable lo empuja y entra en la sauna. Es un hombre mayor con un traje de aspecto caro. También es un alfa. Puedo decirlo por la forma en que Akea y él reaccionan entre sí, ninguno de los dos queriendo ceder. Me imagino que este tipo domina a todos con dinero y poder, mientras que Akea tiene pura fuerza bruta.

—Escuché que el gran Akea estaba dando una entrevista y no lo creí —dice el hombre mayor —. Tenía que verlo con mis propios ojos.

—Ya lo has visto. Ahora vete. Antes de que te eche.

El hombre simplemente lo ignora y se vuelve hacia mí. Todo el calor que Akea había acumulado en mi cuerpo parece escaparse por la puerta abierta, dejando escalofríos en su lugar.

—¿Nueva reportera? —Mira mi credencial—. SCAA. ¿Así es como conseguiste el trabajo? ¿Acostándote con los jugadores?

Akea lo agarra por el cuello y lo estampa contra la pared. Toda la sauna tiembla.

Y yo salgo disparada.

Simplemente corro. Y corro. Y corro.

No me detengo hasta que estoy fuera del estadio y pidiendo un taxi.

CAPÍTULO TRES

Akea

Hay cuatro hombres encima de mí y aún no logran apartarme de él.

Me importa un carajo que sea el comisionado de la liga. No me importa que pueda echarme del equipo o meterme en la cárcel.

Insultó a mi pequeña shushukins y va a pagar por eso.

—Deja de luchar, Akea —gruñe Matthew mientras intenta arrancarme la mano de la solapa del viejo bastardo—. Es el *comisionado*.

—Insultó a mi...

No. Suelto al hombre y miro alrededor frenéticamente en busca de ella. No está.

Ahora estoy realmente furioso.

Vuelvo a cargar contra el comisionado multimillonario Walter Reynolds, pero mis cuatro compañeros se interponen frente a él formando un muro muscular. Podría pelearme con ellos, pero no lo hago.

En su lugar, salgo del sauna, atravieso el vestuario, me visto rápidamente y me voy.

Ese maldito tipo. Intentó arruinar a mi padre y ahora está intentando arruinarme a mí.

Le encantaría verme viviendo en la calle, pero soy el mejor jugador de rugby del mundo, así que ¿qué va a hacer? Hay poder en ser el mejor.

Aún estoy furioso y dando vueltas cuando el valet me acerca mi auto. Me lanza las llaves y salgo disparado del estadio. No me detengo ante los fans que han estado esperándome durante horas para firmar un sombrero o una pelota. No puedo. Hoy no.

La perdí.

Mis manos aprietan el volante y apenas puedo concentrarme en la carretera. Todo lo que puedo ver son esos labios rosados y esa suavecita lengua.

Estaba tan cerca de verlo todo. Se estaba desvistiendo antes de que él irrumpiera y la asustara.

Mi polla está dura como una roca en mis pantalones. Está furiosa. Enfurecida.

Me muevo incómodo en el asiento mientras doblo en mi calle. El maldito no se baja. Tengo la sensación de que mi erección no desaparecerá hasta que se deslice dentro del dulce y maduro coño de Zoey.

Oh, mierda.

Solo pensarlo hace que todo mi cuerpo se agite. Mi sangre hierve de necesidad por ella.

Si supiera dónde está, estaría conduciendo hacia allí en este momento. La reclamaría en la acera si fuera necesario.

Entro en mi garaje privado y ya tengo la polla fuera antes incluso de apagar el coche.

Solo necesito unos cinco furiosos movimientos y me estoy corriendo con fuerza. Gruesos chorros de semen caliente salen disparados sobre mi mano mientras pienso en ella.

Su hermoso cabello negro. Su piel pálida que parece brillar contra la mía. Esos labios carnosos. Esas tetas firmes.

Dejo caer la cabeza contra el reposacabezas y exhalo con fuerza.

Joder. ¿Qué me ha hecho esta chica?

Estoy hecho un lío pegajoso.

Normalmente, de camino a casa después de un partido, repaso cada minuto de él. Cada jugada. Incluso después de las victorias, analizo mi rendimiento y veo qué podría mejorar para la próxima vez.

Ni siquiera he pensado en el rugby ni una sola vez. ¿Cómo podría hacerlo con esa belleza persiguiéndome en la mente?

Cuando la vi por primera vez, fue como si mi universo hubiera cambiado. No pude resistir la fuerza gravitacional que ejercía sobre mí. Tenía que estar cerca de ella. Y todavía lo necesito.

Es como si ella fuera el sol y yo el planeta más grande y peligroso de la galaxia, orbitando alrededor de ella.

Ahora ella es el centro de mi mundo. Solo tengo que aceptar ese hecho.

Cierro la puerta del garaje y apago el coche.

Mi mente sigue dando vueltas mientras trato de recuperar el aliento. Intento calmarme antes de entrar y romper algo, pero es difícil cuando no sé si ella está a salvo.

No sé dónde está ni con quién.

Me atormenta saber que otros hombres podrían estar deleitándose con lo que es mío. Podrían estar rozándola o oliendo su cabello.

Aprieto la mandíbula y cierro las manos en puños.

Hago la promesa de que esta será la última vez que esto suceda. La próxima vez que la vea, no la dejaré ir. No permitiré que se me escape de entre los dedos, no dejaré que evite nuestro destino.

Mi furiosa polla sigue dura como una roca. Burlándose de mí. Sonriéndome con desdén.

Sé que ese cabrón no me dejará en paz hasta que haya reclamado su joven vientre. Quiere

esparcir su semilla dentro de ella y plantar un bebé en ese suave vientre suyo.

—Eso es lo que yo también quiero —murmuro. Lo deseo con todas mis fuerzas. —¿Por qué huyó?

Vuelvo a pensar en todo y lo analizo como si fuera un partido de rugby.

Después de unos minutos, creo que lo sé. Fui demasiado intenso.

Estoy acostumbrado a que las chicas se lancen sobre mí. Siempre. Parece que en cada ciudad del mundo hay un batallón de mujeres calientes que quieren deslizarse sobre mi polla.

Soy la estrella de los Mostly Grays.

Después de cada partido, legiones de fans susurran las cosas más obscenas al oído mientras firmo mercancía del equipo. Madres me dicen que quieren chuparme la polla mientras firmo las tarjetas de rugby de sus hijos. Esposas me dicen que quieren abrirse de piernas para mí mientras sus emocionados maridos nos toman fotos juntos. Universitarias me cuentan lo mojadas que están sus conchas mientras les firmo el pecho.

En cada ciudad es lo mismo. Me meten tarjetas de hotel en las manos. Me meten bragas en los bolsillos. Me meten culos, escotes y pezones duros en la cara.

Nunca participo. *Nunca*.

Estoy demasiado ocupado entrenando duro y tratando de ser el mejor maldito jugador de rugby que el mundo haya visto. He estado alrededor y he visto lo que les pasa a los tipos que se emborrachan y andan de juerga. El marcador los olvida, los aficionados los olvidan y los libros de historia los olvidan.

Ese no soy yo.

Al menos, no lo era.

Todo por lo que luchaba está ahora en juego. Mis cimientos se tambalean. Están agrietados.

Ella me rompió.

Renunciaría a todo por ella.

Si tuviera que elegir entre el rugby o ella, la elijo a ella. Todas. Las. Veces.

Me limpio las manos con Kleenex y subo a mi suite penthouse. Tiene vista a Auckland, la mejor ciudad del mundo.

Hoy, paso por alto la impresionante vista de la ciudad y voy directo a mi televisor. Enciendo YouTube y busco a mi chica.

Zoey Ellis.

Mi cuerpo se tensa de emoción y anticipación cuando veo aparecer su nombre. Hay varios clips de ella entrevistando a tenistas.

Hago clic en el primero y la veo entrevistando a una tenista después de un partido, mientras me masturbo lentamente. Preferiría tenerla a ella frente a mí, pero esto es mejor que nada.

La breve entrevista termina y otro video comienza. Esta vez está entrevistando a un hombre y me pongo tenso. Solo me recuerda que ella está ahí afuera sola.

Cambio a otra entrevista con una mujer antes de que arroje el control remoto a través de la

pantalla y continuo masturbándome.

Mis ojos están fijos en sus labios, sus manos, su cabello. Es tan jodidamente hermosa.

Me corro fuerte, pero no dejo de masturbarme.

Me masturbo una y otra vez hasta que mis gruesos antebrazos arden y hay una montaña de Kleenex frente a mí.

Pero aún no hay alivio.

No lo habrá hasta que vuelva a tener sus tiernos cuerpos entre mis manos.

Y cuando eso suceda, la follaré hasta que mis bolas estén secas y su vientre esté cubierto de mi semen caliente.

CAPÍTULO CUATRO

Zoey

—¿Qué demonios le pasa? —dice uno de los reporteros mientras mira el partido con asombro—. Está comiendo más tierra que un topo en día de mudanza.

Todos los reporteros están zumbando.

Akeakamai está jugando como la mierda.

Parece distraído. Como si su cabeza no estuviera en el juego.

Todos en la cabina de prensa se estremecen cuando un jugador enorme del equipo contrario lo derriba.

—Esto no es propio de él —dice una reportera a mi izquierda mientras niega con la cabeza —. ¡Oh, ya tengo mi artículo!

Echo un vistazo a la pantalla de su portátil y veo que está escribiendo: *¿Se acabó para el gran Akeakamai?*

Mi corazón late con fuerza mientras lo veo ir a por un placaje. Justo antes de llegar al tipo con el balón, mira alrededor como si buscara algo, o a alguien. Se lanza para hacer el placaje, pero el tipo lo evita fácilmente y sale corriendo.

La multitud se está enojando. Inquieta. Puedo sentirlo en el estadio abarrotado.

¿Es por... mí?

Me río. *No seas tonta, Zoey. Eso es ridículo.*

Akea es una gran estrella internacional. Seguro que ya ni siquiera se acuerda de mí.

Probablemente se ha acostado con tres docenas de chicas desde que lo vi hace unos días en el último partido.

Una quemazón celosa se instala en mi pecho ante ese pensamiento. No me gusta pensar en él con nadie más.

De hecho, no he podido dejar de pensar en él. Tengo un pequeño flechazo con la estrella de los New Zealand Mostly Gray.

Sí, tú y todas las demás mujeres del país. Supéralo, chica.

Estoy en la cabina de prensa, que está un poco más arriba en las gradas al lado del campo. He mantenido un perfil bajo desde que llegué. Ya soy conocida como la chica estadounidense despistada, y no quiero añadir 'zorra que se acuesta con los jugadores para conseguir entrevistas' a mi reputación ya manchada.

La energía de la multitud comienza a explotar cuando Akea consigue el balón. Sale disparado por el campo, rompiendo placajes y manejando con rudeza a cualquiera que intente tocarlo.

Encuentro la energía contagiosa y todo mi cuerpo hormiguea mientras lo animo. El calor que recorre mi cuerpo va directamente a mis partes íntimas cuando lo veo usar el brazo rígido contra un tipo enorme que se acerca y plantarlo de cara contra el suelo.

Es una verdadera bestia. Un auténtico alfa.

Si Akea hubiera nacido en otro siglo, habría sido el gladiador más despiadado de Roma, estaría en su elemento blandiendo una enorme hacha de batalla en medio de cualquier campo de batalla antiguo, sería el hombre de las cavernas que sale solo y regresa con un tigre dientes de sable muerto sobre el hombro para alimentar a la aldea hambrienta.

Está a mitad de camino por el campo con el césped despejado frente a él cuando esa sensación de distracción lo golpea de nuevo. Sus ojos se dirigen hacia la cabina de prensa y de repente, se fijan en mí.

Mi cuerpo hormiguea mientras me mira fijamente.

No puede estar mirándome a *mí*, pero lo está haciendo.

Sus gruesas piernas dejan de moverse y se detiene lentamente.

La multitud ruge como una bestia furiosa mientras todos le gritan que siga adelante, pero fiel a su estilo alfa, Akea no escucha a nadie más que a sí mismo.

Los jugadores del otro equipo lo alcanzan y queda aniquilado cuando tres hombres lo embisten al mismo tiempo. El balón sale volando de sus manos y rueda fuera de los límites.

Todos en el estadio dejan escapar un gemido colectivo de decepción. Pero yo no. Mi corazón late con fuerza mientras veo a Akea levantarse. Nunca aparta sus ojos de mí. Ni siquiera cuando el árbitro le da el balón al otro equipo y lo lanzan.

Todos salen corriendo en la dirección opuesta, pero Akea camina hacia mí.

Estoy a unas cincuenta filas arriba en la enorme cabina de prensa, pero él sigue viniendo por mí.

Mi cuerpo tiene esa sensación de hormigueo cuando balancea su gran pierna sobre el borde y entra en las gradas.

¿Está... oh, Dios mío.

Akea corre a través de las gradas directo hacia mí. La multitud enloquece a su alrededor, sacando sus teléfonos móviles y vitoreando mientras pasa. Todos intentan poner una mano en su espalda, tratando de tocar la grandeza. Una historia que contarán a sus amigos, a sus nietos, una historia que nunca olvidarán cuando tocaron al gran Akeakamai Saluni.

Mi pulso se acelera y mis piernas comienzan a temblar mientras él sube corriendo por las gradas a grandes saltos y zancadas. El partido aún continúa detrás de él, pero no parece importarle en lo más mínimo.

Retrocedo cuando se agarra a la cabina de prensa y se impulsa hacia arriba.

Balancea sus gruesas piernas por encima y camina directamente hacia mí. Trago saliva mientras lo miro. Es como si estuviéramos en un dibujo animado cuando su gigantesca sombra me cubre de oscuridad.

—Zoey —dice con un tono sin aliento.

Su rostro está tenso. Las líneas alrededor de sus ojos están apretadas. Parece desesperado, como si yo lo hubiera roto.

—No me dejes otra vez. *Por favor*.

Lentamente niego con la cabeza mientras lo miro con ojos arrepentidos. No estoy diciendo nada, pero le estoy prometiendo con mi alma.

—¡Saluni! —Una voz furiosa se impone sobre las otras miles. Akea se gira y trago saliva cuando veo a su entrenador de cara roja subiendo las escaleras hacia nosotros—. ¡Saluni, vuelve al *maldito* juego! ¿Qué demonios te pasa?

Akea se vuelve hacia mí y toma mi mano.

—No me iré —le prometo—. No lo haré.

Le da un pequeño apretón a mi mano mientras la esquina de sus sensuales labios se curva en una sonrisa.

De repente, salta de nuevo sobre la cabina de prensa y cae en las gradas. Baja corriendo las escaleras pasando junto a su entrenador que grita y salta al campo.

Mi pulso se acelera, mis manos están juntas frente a mi cara, y mis ojos están bien abiertos mientras lo veo correr hacia el campo y dirigirse directamente hacia el balón.

Una bestia de hombre del otro equipo lo tiene. No estoy segura de qué es más grande y redondo: el balón de rugby o su barbilla. El tipo parece que le hubieran trasplantado las piernas de un elefante.

Akea se dirige directamente hacia él a toda velocidad.

—*¡Uf!* —exclama todo el público al unísono cuando Akea baja el hombro y se lanza contra él. Puedo sentir la colisión desde aquí arriba y hace que mi corazón acelerado lata aún más rápido.

Deja inconsciente a la bestia y el balón rebota por el campo. Akea ni siquiera deja de correr después del devastador impacto. Recoge el balón suelto, cambia de dirección y empieza a esprintar. Un hombre tras otro intenta placarlo, pero mi hombre no va a caer por nada.

La multitud vitorea más fuerte de lo que jamás he oído mientras se aleja del grupo y corre por el campo con el balón bajo su enorme brazo tatuado.

Solo queda un hombre por vencer. Está corriendo hacia Akea desde un lado, tratando de detenerlo antes de que cruce la línea.

El público contiene un jadeo colectivo mientras el hombre se acerca al dios samoano. Ni siquiera es justo. El hombre se lanza sobre él, pero Akea extiende una mano fuerte y lo estampa contra el suelo mientras sigue corriendo.

Se lanza más allá de la línea de gol y golpea el balón contra el suelo mientras el estadio estalla en vítores. Incluso los reporteros a mi alrededor están animando y no puedo evitar saltar de arriba abajo mientras grito a todo pulmón.

Los ojos de Akea buscan en las gradas y se detienen cuando me encuentran. Levanta la mano y me señala, y siento que un rubor de calor florece en mi interior.

Pero no se detiene ahí. Sus compañeros de equipo vienen a celebrar con él, pero él se marcha, dirigiéndose directamente hacia mí una vez más.

Salta a las gradas y sube las escaleras corriendo mientras mi corazón late con anticipación. Jadeo cuando salta al palco de prensa y me toma en sus grandes brazos sudorosos.

Veo de reojo la pantalla gigante detrás de él y puedo ver mi cara sorprendida y mis mejillas sonrojadas mientras me atrae para besarme.

Aplasta sus labios contra los míos y reclama mi boca como suya. El lugar estalla en vítores tan fuertes que me duelen los oídos. Sé que todos están viendo esto en la pantalla gigante. Sé que debería estar avergonzada y apartarme, pero no lo hago. Se siente demasiado bien.

Su agarre se aprieta en mi cintura mientras me mantiene en mi lugar. Es un beso urgente y brusco que me hace derretirme contra él.

Es tan excitante que el hombre más deseado de Nueva Zelanda esté tomando mi boca frente a todos.

Sus grandes manos suben hasta mis mejillas y acuna mi rostro en sus palmas ásperas mientras nuestras lenguas se enredan y la intensidad aumenta.

El público está eléctrico. La gente está gritando y vitoreando a nuestro alrededor en un aplauso atronador. Los fuegos artificiales salen disparados desde lo alto del estadio y explotan en el cielo mientras él empuja su lengua más profundamente.

Su beso creó fuegos artificiales. De verdad, fuegos artificiales no metafóricos y reales.

Joder. No puedo ni con este hombre...

En el fondo sé que es porque anotaron, pero se siente como si fuera por este beso.

Cuando se aparta, mi cabeza da vueltas y me aferro a su grueso antebrazo para no desplomarme.

Me sostiene, se inclina hasta que estamos a la altura de los ojos, y luego me mira profundamente. Estoy sin aliento. Estoy sin palabras. Estoy sin todo.

—Ven a verme después del partido.

Solo me lamo los labios y asiento.

CAPÍTULO CINCO

Zoey

Me he quedado sin voz cuando termina el partido.

Los Mostly Grays remontan y ganan 145 a 17, y Akea anota más de la mitad de los puntos. Cada persona en las gradas estaba de pie gritando, vitoreando y animándolo para que continuara. Pero él solo luchaba para impresionar a una persona en el estadio de cuarenta mil...

A mí.

Con cada placaje devastador y cada jugador enorme que derribaba, mis gritos se hacían más fuertes hasta que mi garganta se puso tan ronca que mi voz desapareció por completo.

Me apresuro hacia el vestuario con una amplia sonrisa en el rostro. Camino con un resorte en los pies y no puedo evitar sonreír a todos los aficionados que celebran y con los que me cruzo.

Quizás el rugby no sea tan malo.

Esta vez voy a actuar de manera más profesional. No voy a dejarme llevar por el encanto de Akea. Me voy a negar a hacer cualquier cosa sexual.

Me digo todo esto, pero ya estoy completamente excitada.

Ese beso me sacudió hasta la médula y todavía me estremece.

Le muestro mi pase de prensa al guardia de seguridad y me deslizo hacia la zona trasera del estadio donde no se permite el acceso a los aficionados. Es más tranquilo aquí atrás y puedo pensar con más claridad. Se me ocurre una idea.

El mundo no conoce a Akeakamai. No concede entrevistas. No habla con periodistas.

Pero hablará conmigo.

Presentaré al mundo a la leyenda, al gran hombre que hay detrás de todo. El mundo quiere saber. *Yo* quiero saber.

Quiero saberlo todo sobre este hombre que me ha convertido en una completa fanática de Akea.

Mientras me dirijo al vestuario, saco el teléfono de mi bolso y empiezo a grabar mis

pensamientos.

—El estadio gritaba su nombre. *¡Akea! ¡Akea! ¡Akea!* Cuarenta mil personas al unísono. Todo por él. Saluni estableció un récord de puntos esa tarde, siendo el primer jugador en la historia en anotar más de cincuenta puntos en el Estadio Marcus. Fue todo un espectáculo y uno que yo había...

—Señorita Ellis. —La voz me toma por sorpresa y dejo caer mi teléfono en el bolso con un sobresalto.

—Señor Reynolds. —Se me hiela la sangre al verlo de nuevo. El comisionado de la liga. El hombre que me pilló en la sauna con Akea. El viejo gilipollas aguafiestas.

—Por favor, pase a mi oficina, señorita Ellis. Me gustaría tener unas palabras con usted.

—¿Conmigo? —Mi voz está aún más ronca mientras echo un vistazo a través de la puerta abierta de su oficina—. ¿Por qué quiere hablar conmigo?

Fuerza una sonrisa. —Entre en mi oficina y lo descubrirá.

Me aferro a mi bolso y miro por el pasillo en la dirección en la que me dirigía. Las puertas del vestuario se abrirán pronto y no quiero que Akea se decepcione al ver que no estoy allí.

Pero este es el comisionado de la liga. No voy a llegar muy lejos en Nueva Zelanda si estoy en su lado malo. Así que entro.

Sonríe mientras cierra la puerta y me ofrece el asiento frente a su escritorio.

Es una oficina preciosa con una ventana con vistas al estadio. El equipo de mantenimiento está en el campo limpiando todas las serpentinas y el confeti del césped.

—Me gustaría pedirle disculpas, señorita Ellis —dice mientras se sienta al otro lado del gran escritorio.

—¿Disculpas? ¿Por qué? —Estoy jugando nerviosamente con mi bolso mientras escucho. Hay algo que parece fuera de lugar en todo esto y tengo una sensación de nerviosismo en la boca del estómago.

—No tiene que hacerse la tímida conmigo. Entré en la sauna el otro día. Vi lo que Akea le estaba haciendo.

—Él no me estaba haciendo nada —digo a la defensiva—. Estábamos realizando una entrevista privada. No fue más que profesional.

Niega con la cabeza mientras me observa. —Vi la toalla en el suelo. Vi lo... *cautivado* que estaba con usted.

—La toalla se cayó cuando se abrió la puerta y él se puso de pie. Fue un accidente inofensivo.

—No tiene que poner excusas por su atacante, señorita Ellis.

—¿Atacante? —Retrocedo sorprendida. Akea es el tipo de hombre que toma lo que quiere, pero sé en el fondo que nunca me atacaría. Nunca me haría daño.

—Todo el mundo lo vio manosearla durante el partido —dice con voz firme—. Estaba usted en la pantalla gigante, por el amor de Dios. Sumado al incidente en la ducha donde la agredió, no

me sorprendería que tuviera secuelas emocionales duraderas. —Baja la voz y levanta las cejas—. ¿Tal vez por valor de dos millones de dólares?

Se me cae la mandíbula. —¿Está... intentando sobornarme?

Echa la cabeza hacia atrás y finge ofenderse, pero ambos sabemos lo que está pasando aquí. Está siendo muy claro al respecto.

—Por supuesto que no —dice negando con la cabeza—. Solo digo que... una mujer que ha pasado por la carga emocional que Akeakamai le ha hecho pasar merece un pequeño pago para ayudar a aliviar parte del sufrimiento.

Me quedo allí sentada, atónita.

Dos millones de dólares resolverían todos mis problemas financieros, pero de ninguna manera le haría eso a Akea. Él estuvo leyendo mi lenguaje corporal todo el tiempo, e incluso si no dije que sí, él sabía lo que mi cuerpo necesitaba.

—Podríamos celebrar una rueda de prensa —continúa—. Se harían las acusaciones. El dinero se depositaría inmediatamente en la cuenta bancaria de su elección. Tal vez algo en las Islas Caimán. Algo discreto.

—¿Y qué pasaría con Akea?

Deja escapar un suspiro dramático, pero hay emoción detrás de sus ojos. —Sin duda, sería expulsado de la liga. Probablemente vetado de jugar rugby en todo el mundo. Perdería sus patrocinios y sería llevado ante la justicia.

—¿Llevado ante la justicia? Pero él no hizo nada.

—¿Crees que eres la primera? —dice mientras clava sus ojos en mí—. Eres solo la última de una *larga* lista de mujeres.

Mi estómago se endurece mientras escucho con la piel erizada. *¿Una larga lista de mujeres?*

Empiezo a sentirme un poco mareada. Realmente pensé que era especial. Que le gustaba por quien era yo, y no solo para acostarse conmigo.

—Oh sí, ha habido muchas. Animadoras, fans, celebridades y, por supuesto, reporteras como usted.

No.

—¿Se encuentra bien, señorita Ellis? Se ve bastante pálida.

Me pongo de pie sobre mis piernas temblorosas y me agarro al escritorio para mantener el equilibrio.

—Dos millones de dólares —repite—. Por una conferencia de prensa.

Me apresuro a salir por la puerta antes de vomitar sobre su escritorio.

El vestuario está a mi derecha, la salida a mi izquierda.

Solo la última de una larga lista de mujeres.

Eso no es lo que quiero.

Esa no soy yo.

Me limpio los ojos llorosos y giro a la izquierda.

CAPÍTULO SEIS

Akea

Los chicos están celebrando a lo grande. Yo no.

Todos se acercan a felicitarme por el partido de mi carrera, pero se siente vacío y hueco sin ella aquí.

Miro la puerta abierta con la sangre hirviendo. Ella prometió que estaría aquí. Lo prometió.

Si hubiera sabido que me iba a dejar, nunca habría vuelto al campo. Me la habría echado al hombro y la habría llevado a casa. No importa que haya tenido el mejor partido de mi vida después. Cambiaría los libros de historia por ella en un segundo.

—¡Tómate una cerveza, Akea! ¡Eres un rey!

Mitchum está tratando de meterme una cerveza en la mano. La tomo, pero no bebo. Estoy demasiado ocupado tratando de encontrar a mi reina.

Lo agarro del hombro y acerco su oreja a mi boca. Es difícil oír con la música alta y toda la celebración. —¿Has visto a la nueva reportera? ¿La del pelo negro?

Él niega con la cabeza y se aleja bailando mientras se bebe su cerveza.

Maldita sea.

No puedo quedarme aquí.

Todos están pasándolo en grande y yo quiero romper algo. Quiero destrozar el estadio pieza por pieza con mis propias manos. *¿Dónde está ella?*

Tengo la mandíbula apretada. El pecho oprimido. No puedo respirar sin saber.

Y quedarme aquí no me va a traer ningún alivio, así que agarro mi bolsa y salgo disparado.

Todos intentan llamar mi atención. Los guardias de seguridad, los fans que quedan, incluso el tipo que está volteando las salchichas: todos están llamando mi nombre, pero no puedo. Soy como el Terminator mientras avanzo por el pasillo hacia el único lugar donde puedo encontrar la dirección de Zoey.

—Oh —dice el secretario de prensa sorprendido cuando irrumpo en su oficina—. No lo

esperaba, señor Saluni. Fue un partido muy impresionan...

—Zoey Ellis —le ladro—. Necesito su dirección.

Baja la mirada al escritorio y empieza a verse muy incómodo. —Oh, um, eso no es algo que normalmente, um, hagamos...

—¿Cuál es su dirección? —Mi voz es firme. Dominante. Y si sabe lo que le conviene, abrirá el archivador y la encontrará.

—Verá, la política de la empresa es que no...

Sus palabras desaparecen cuando doy un paso adelante y lo agarro. Le retuerzo el brazo flaco detrás de la espalda y le presiono la mejilla contra el escritorio.

—Déjame hablarte de *mi* política.

Sus ojos están abiertos de pánico y está tratando de zafarse de mi agarre, pero es como tratar de escapar del cemento. No me voy a mover.

—*Mi* política es que me gusta saber dónde está *mi* chica en todo momento. Y cualquiera que se interponga en mi camino será aplastado como un insecto. ¿Eres tú un insecto?

—¡No!

—¿Entonces me darás su dirección?

—¡Sí! ¡Sí!

—Eso es lo que quiero oír. Dámela. Ahora.

—De acuerdo —dice con voz apresurada—. Suélteme la mano y se la daré.

Le aprieto un poco más fuerte. —Usa la otra mano.

Gimotea y lucha para sacarla del cajón, pero logra encontrarla. Suelto su brazo cuando deja caer el papel sobre la mesa frente a mí.

Zoey Ellis. Calle Queen 3786, apartamento 208, Auckland.

Él se está frotando el brazo y haciendo muecas cuando agarro el papel y me voy.

Ahora podré hacerla mía. Podré reclamar ese coño joven que me está volviendo un maníaco obsesivo.

—Ah, mierda —murmuro cuando veo al comisionado saliendo de su oficina. Tiene una gran sonrisa en su puta cara que me dan ganas de borrar de un golpe.

¿Cuándo va a dejar en paz a mi familia y a mí este tipo?

—Buen partido, Akeakamai —dice con una sonrisa mientras paso junto a él hecho una furia —. Pero no lo suficientemente bueno.

Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido mientras me alejo.

—Tus días en esta liga están contados —dice con un aire de confianza a su alrededor.

Simplemente niego con la cabeza y sigo adelante. Tengo cosas más importantes que hacer que preocuparme por él.

Ha estado tratando de atraparme durante años, pero no ha habido nada que achacarme. Ni chicas, ni drogas, solo rugby.

Aun así. No me deja tranquilo.

Ni chicas...
Hasta ahora.
¿Qué tiene planeado este tipo?

CAPÍTULO SIETE

Zoey

De repente, oigo unos golpes fuertes en mi puerta que hacen que mi corazón lata al mismo ritmo. Toda la puerta tiembla en el marco y sé que solo hay una persona con la fuerza para hacer eso.

Me acerco de puntillas a la mirilla y me pongo de puntillas para mirar a través de ella.

Efectivamente, el enorme cuerpo tatuado de Akea ocupa todo el espacio.

No puedo hablar con él ahora mismo. Todavía estoy herida. Aún estoy dando vueltas a las palabras del comisionado.

Es un atleta estrella, chica. ¿De verdad creías que eras la única?

Mi cerebro es un cóctel de sentimientos: me siento tonta, avergonzada y herida. De hecho, un cóctel no me vendría mal ahora mismo. Necesito emborracharme.

Lo más difícil es que, en el fondo, sí creía que era la única. La forma en que me miraba era tan intensa que no pensé que pudiera ser fingida.

Deslizo silenciosamente las yemas de mis dedos por la puerta y luego me alejo de puntillas.

—Puedo ver la luz moviéndose por debajo de la puerta —gruñe con su voz potente—. Sé que estás ahí.

Me ha pillado.

—No estoy en casa —le grito—. Vete.

—¡No me voy a ir a ninguna parte!

—Entonces llamaré a la policía.

—Será mejor que llames al ejército —me advierte—. Toda la fuerza policial de Auckland no podrá apartarme de esta puerta. ¡Ahora ábrela!

Vuelvo a acercarme con el pulso acelerado. Los recuerdos de Akea destrozando el banco de madera en la sauna vuelven a mi mente y me doy cuenta de lo fácil que sería para él derribar la puerta de una patada. Y cuando me doy cuenta de lo difícil que sería para mí pagar una nueva, abro la puerta.

No es justo lo guapo que es.

Hace que todo sea mucho más difícil.

El aire simplemente se me escapa cuando miro sus ojos marrones oscuros. Están tensos y llenos de dolor, preocupación, tristeza, necesidad... me hacen preguntarme si tal vez podría ser la única a partir de ahora.

No espera a que lo invite a entrar. Simplemente irrumpe como si fuera el dueño del lugar. En la mente de este tipo, él es dueño del mundo entero, y eso me incluye a mí.

—Es la segunda vez que huyes de mí, shushukins.

—No he huido.

—¿No? —Se acerca a mí y trago saliva mientras miro hacia arriba, impresionada por su enorme tamaño. Es como estar en una habitación con un gorila de espalda plateada. Es igual de grande y fuerte, y parece igual de impredecible.

Dios, ¿por qué me excita tanto eso?

Lleva una camiseta polo gris con el logo de su equipo. El material se ajusta a sus bíceps y la vista de sus intrincados tatuajes negros asomando me hace sentir calor por dentro. Solo quiero congelar el tiempo para poder mirarlos todo lo que quiera.

—¿Por qué no estabas en el vestuario como prometiste?

Mis ojos se dirigen al suelo, pero él toma suavemente mi barbilla y gira mi cabeza hacia arriba hasta que vuelvo a mirarlo. —¿Por qué, shushukins?

—¿Soy la única?

Él retrocede, como si le hubieran disparado. Su mano va a su corazón mientras su rostro se contrae.

—Tú eres la *única*. —Lo dice con tanta fiereza que las dudas empiezan a desvanecerse—. Pensé que lo había dejado claro cuando reclamé tu pequeña boca frente a cuarenta mil personas.

—Es que... El comisionado. Él dijo...

El rostro de Akea se endurece al mencionar al hombre. —¿Qué dijo ese hombre muerto?

—Que pasas por las mujeres más rápido de lo que yo paso por una caja de Oreos.

Se acerca una vez más y puedo sentir el calor que irradia. Mi respiración se entrecorta cuando desliza el dorso de su mano por mi mejilla hormigueante.

—Eres la única chica en el mundo para mí —dice—. No soy como otros chicos. Nunca he...

Mis ojos se abren de par en par mientras espero que termine.

—Nunca he tenido sexo antes, shushukins. También soy virgen.

Mi boca se abre. Suena irreal, pero le creo. Hay algo en su rostro que me dice que está diciendo la verdad.

—Pero todas las chicas, lanzándose sobre ti constantemente...

—Distracciones —dice mientras me mira a los ojos—. Siempre he querido ser el mejor jugador de rugby que este mundo haya visto y he visto lo que les pasa a los chicos que se divierten con las chicas. Pierden su ventaja. Pierden el fuego interior.

—¿No te preocupa... perderlo si estás conmigo?

—No —dice con una risa—. Tú avivas el fuego dentro de mí como nunca antes. ¿No viste lo que me hizo un beso tuyo hoy? Batí récords con solo un toque de tus labios. Tú me haces querer ser un mejor jugador. Me haces querer ser un mejor hombre.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras lo observo con todo mi cuerpo hormigueando.

—Pero el comisionado... ¿por qué quiere arruinarte?

Akea se pasa una mano por el pelo y mis ojos inmediatamente se dirigen a su ancho tríceps.

—Ha estado intentando arruinar a mi familia durante décadas.

—¿Por qué?

—Estaba enamorado de mi madre, pero ella amaba a mi padre. Pensó que ella lo elegiría a él porque su familia era rica y la de mi padre era pobre, pero no fue así. Ella eligió el amor.

Ah. Ahora empieza a tener sentido.

—Siempre ha estado intensamente celoso de mi padre. Walter jugó en el mismo equipo de rugby que mi padre en la universidad. Era un año mayor, pero cuando mi padre entró en el equipo, le quitó su puesto. Nunca lo perdonó por eso.

—Pero eso no fue culpa de tu padre. ¡El mejor jugador debería obtener el puesto en el equipo!

—Es un hombre triste y solitario, cariño. Cuando se enteró de que mi padre se casaba con la chica de la que estaba enamorado, decidió hacer todo lo posible para arruinar a nuestra familia. Mis padres murieron hace unos años, pero él no ha dejado de intentarlo. Ahora quiere arruinarme a mí.

—¿Por qué? Ni siquiera habías nacido cuando todo esto sucedió.

—Supongo que me ve como el hijo que debería haber tenido. Tal vez quiere hacerle una gran peineta al fantasma de mi padre o manchar su gran legado. No importa, cariño. Es solo un viejo amargado.

Agarro mi bolso del mostrador de la cocina y saco mi teléfono. Estaba grabando mi historia cuando me llevó a la oficina y siguió grabando durante nuestra reunión donde me ofreció dos millones de dólares para empañar el buen nombre de Akea.

Él escucha con el ceño fruncido mientras le reproduzco la grabación.

—Sabes que todo eso son mentiras, ¿verdad? —dice después.

Asiento con la cabeza de arriba abajo.

—¿Sabes que eres la única?

Asiento de nuevo.

Sus ojos oscuros se entrecierran mirándome y hay un hambre en ellos que siento estremecer mis huesos. El aire en mi apartamento ondula con una energía cargada llena de necesidad y deseo.

Observo con ojos muy abiertos cómo Akea se quita la camisa en un movimiento fluido. Trago saliva con la piel enrojecida mientras miro su poderoso pecho tatuado, sus abdominales

que parecen esculpidos en mármol.

Mis ojos se deslizan hacia abajo y me sonrojo aún más cuando veo lo duro que está. Su pene erecto presiona contra el interior de sus vaqueros como si estuviera a punto de rasgar la tela.

Gruñe y mis ojos vuelven rápidamente a los suyos. Hay un fuego en su mirada mientras me observa como si estuviera a punto de hacer trizas mi ropa.

—Tú. Yo. Cama. Ahora.

CAPÍTULO OCHO

Akea

Mis ojos ardientes están en su trasero curvilíneo y sus largas y delgadas piernas mientras ella corre hacia el dormitorio. La sigo con la sangre hirviendo de necesidad.

Es hora de reclamar ese coño fresco con mi polla al descubierto. Nada puede detenerme ahora de preñar a esta hermosa chica.

Y una vez que lo haga, estará atada a mí para siempre. No podrá dejar la isla y regresar a América si su vientre está redondeado con mi hijo. Él será de sangre samoana—*mi* sangre—y ayudará a mantenerla aquí en la isla y a mi lado, donde pertenece.

Mi polla palpita solo de pensarlo. Ella se desliza sobre la cama y se sienta allí, mirándome con una expresión nerviosa en su rostro, pero hay emoción en sus ojos azules.

Me quito la ropa mientras camino hacia ella. Sus ojos se abren de par en par mientras recorren mi enorme torso. Sé que soy grande y que podría intimidar a cualquiera, y mucho más a una chica pequeña como Zoey, pero ella parece más emocionada que intimidada. Comienza a respirar un poco más fuerte con cada centímetro que sus ojos suben por mis tatuajes.

—¿Te gustan mis tatuajes?

Ella no aparta la mirada de ellos mientras asiente.

—¿Qué significan?

Señalo las líneas negras de Pakati en mi brazo. —Esto representa mi espíritu de guerrero. Mi valentía y fortaleza.

Ella traga saliva mientras señalo las líneas de Ahu Aha Mataora en mi pecho. —Abundancia de habilidades atléticas. Por mis logros en el rugby. Y estas líneas aquí simbolizan mi virilidad.

—Tienes muchas de esas —dice con un trago.

Me desabrocho los pantalones y los bajo. —Sí, las tengo. Sus ojos se ensanchan y caen sobre mi miembro palpitante que está oculto detrás de mis calzoncillos. Hay una mancha húmeda en la punta por todo el líquido preseminal que ha estado filtrándose. Ha estado filtrándose desde que la

vi por primera vez.

Se ve tan pequeña y vulnerable sentada en la cama. Mi cuerpo se agita mientras la observo. Estoy listo para abalanzarme, pero me contengo. He estado esperando este momento desde la pubertad.

Podría haberme acostado con cientos de chicas en mi vida, quizás incluso miles, pero no lo hice. Me guardé para ella.

Y ella se guardó para mí.

Así es como sé que realmente pertenecemos juntos. Así es como sé que esto es correcto.

Deslizo mis manos en mis calzoncillos y los bajo por mis piernas musculosas. Mi polla sale disparada y golpea la parte inferior de mi abdomen, dejando una mancha pegajosa de semen sobre mi ombligo.

Zoey la alcanza con manos ansiosas, pero yo retrocedo. —Quítate la camiseta primero. Quiero ver tus grandes tetas mientras me la chupas con esos dulces labios.

Ella se quita la camiseta mientras me masturbo y la observo. Su cabello negro cae desordenado alrededor de ella, pero la hace ver aún más sexy.

Esta chica es la perfección en forma humana. No puedo creer que vaya a tenerla.

Dejo escapar un gemido bajo cuando ella alcanza detrás de su espalda, desabrocha su sostén y se lo quita. Sus pezones rosados están tan duros como mi polla.

—Bien. Ahora abre esos bonitos labios bien y ampliamente.

Ella levanta la barbilla mientras me acerco y abre la boca tanto como puede.

—Joder —gruño mientras paso la punta húmeda de mi polla alrededor de sus labios. Ella alcanza y reemplaza mi mano en mi miembro, deslizando mi polla dentro de su boca caliente y húmeda.

Para ser virgen, lo está haciendo bastante bien. Para una estrella porno, lo está haciendo bastante bien. Esto se siente increíble.

Su lengua caliente se desliza por la parte inferior de mi miembro mientras sostiene la base con firmeza. Varias gotas de precum salen, pero las lame con una avidez que me excita aún más.

—Tu boca se siente tan buena. Lame ese líquido en la punta.

Su lengua vuelve a deslizarse hacia la punta y codiciosamente recoge cada última gota cremosa de la pequeña ranura en mi cabeza, gimiendo y moviendo sus caderas mientras lo hace.

—¿Te gusta chupar la gran polla de tu hombre?

Ella responde, pero mi polla está en su boca y suena amortiguado.

—¿Te moja el coño?

—Sí —jadea mientras me masturba.

—Déjame ver.

Ella no quiere soltar mi polla, así que tengo que quitársela y empujarla de nuevo a la cama. Su boca húmeda está abierta y se retuerce debajo de mí mientras miro su coño.

Sus pantalones de yoga están empapados en la entrepierna. Los agarro y los arranco.

La estoy girando y quitándole la ropa mientras gime y jadea bajo mi fuerte agarre. Tengo que tener cuidado con ella cuando estoy tan excitado. A veces olvido mi propia fuerza y no quiero lastimarla en mi fervor.

Ella gime con fuerza mientras le quito sus braguitas húmedas del coño y las tiro al suelo detrás de mí.

Es tan bonito y pequeño. Está intacto, con un dulce botón guardado dentro. Se me hace agua la boca al saber que soy el primero en verlo, el primero en tocarlo, y estoy seguro de que seré el primero en follarlo.

Pero primero, quiero probarlo.

Me arrodillo y me mareo al oler su delicioso aroma. Podría olerlo todo el día. *Lo oleré* todo el día. Sus jugos vaginales estarán en mis dedos, barbilla y polla todos los días a partir de ahora. Quiero caminar respirando el aroma de su coño con cada aliento.

Todo su cuerpo tiembla cuando me inclino entre sus piernas abiertas. Sus labios rosados están cubiertos de crema y paso mi lengua sobre ellos, bebiéndola.

—Oh, Akea —gime, arqueando la espalda mientras desliza su mano en mi cabello. Me encanta cómo medio gime, medio dice mi nombre. Hace que una nueva corriente de precum gotee de mi polla. Mis bolas están doloridas, están tan llenas. Solo quiero vaciarlas en este coñito maduro mientras grita mi nombre.

Me encantan los pequeños sonidos que hace mientras frota su coño contra mi boca y mueve sus caderas al ritmo de mi lengua. Su mano se cierra en un puño, agarrándose a mi pelo corto mientras la devoro.

Su cuerpo comienza a sacudirse y convulsionarse a mi alrededor y la lamo aún más fuerte, más rápido, hasta que se deshace. Su barbilla está presionada contra su pecho y su cara se retuerce mientras el orgasmo estalla dentro de su cuerpo perfecto.

—¡Joder! —grita mientras echa la cabeza hacia atrás y cae sobre la cama. Su espalda se arquea hacia el otro lado mientras continúo lamiendo cada dulce y cálida gota de miel que sale de su coño apretado. —Ohjoderohjoderohjoderohjoder —jadea mientras aprieta sus tetas y retuerce su cuerpo.

Sus piernas tiemblan mientras esporádicas sacudidas la recorren. Su coño se siente tan apretado. Es hora de reclamarlo.

La giro en la caja como la quiero—acostada de lado con las piernas juntas. Aún jadea con los ojos cerrados, sin saber qué demonios le acaba de suceder.

Mi polla se tensa en mi mano mientras la acerco a su calor. Ambos hemos esperado toda nuestra vida por este momento y ahora está aquí.

Ella jadea cuando presiono mi cabeza hinchada contra su estrecha entrada. Es tan cálido. Es tan apretado. No puedo respirar. Este coño hace que todo mi cuerpo tiemble.

Deslizo la punta entre sus labios y ella agarra mi muslo, hundiendo sus uñas en mi piel.

—Lo estás haciendo bien, cariño. Solo mantén ese coño bien relajado para mi gran polla —

digo con voz baja.

—Es tan *gruesa* —gime, haciendo una mueca de dolor.

—Lo sé, bebé —respondo mientras empujo un poco más adentro. Está tan mojada, pero este coño virgen es tan ajustado como puede ser. —No sé cómo esperé tanto para hacerte mía. Este jugoso coño me ha vuelto loco. Es en lo único que puedo pensar.

Gimo mientras observo cómo se desliza adentro. Oleadas cálidas de sus jugos siguen saliendo a medida que empujo más profundamente.

—Te estoy follando sin protección —digo con una sonrisa—. Crudo y sucio. Sabes lo que eso significa...

Su agarre en mi pierna se aprieta, pero ya no está clavando sus uñas en mi carne, sino que me está atrayendo más adentro. —Vas a preñarme...

—Así es. —Mi pecho se llena de orgullo y anticipación. —Este joven y maduro vientre tendrá sangre samoana creciendo dentro. Entonces serás mía.

Ella emite un gemido profundo cuando llego hasta su himen. Con un fuerte empuje de mis caderas, lo atravieso y me deslizo completamente adentro.

Su coño me aprieta de una manera imposible y casi me desmayo del placer. El calor de su coño virgen desprotegido amenaza con derretirme. Va a consumirme por completo.

Lentamente comienzo a mover mis caderas hasta que sus pequeños gemidos se convierten en suspiros. Su coño se está acostumbrando a mi gran tamaño samoano y, mientras mi gran polla la estira, juego con sus hermosos pechos.

Nunca me cansaré del cuerpo de esta chica. Es un paraíso. Es un sueño.

Una vez que su coño comienza a aflojar un poco su apretón sobre mi polla, la saco lentamente y luego la empujo de nuevo. Ella está de costado con las piernas juntas, mirándome con ojos llenos de deseo. Tengo una mano en su trasero y la otra en sus pechos mientras aumento el ritmo, empujando más fuerte y rápido, mostrándole de lo que es capaz su hombre.

Mi mano se desliza hacia su estómago y pienso en ella embarazada de mi hijo. Casi me hace venir de inmediato, pero me contengo, sin querer terminar todavía. Quiero disfrutar esto y prolongarlo tanto como pueda.

—Bésame —gime mientras la penetro con empujes potentes. Agarro su tobillo y la giro hasta que está boca arriba con las piernas abiertas. Me quedo dentro de ella, aún empujando, mientras bajo a la posición del misionero.

Ella se levanta mientras yo bajo y nuestros labios chocan en un beso apasionado y rudo. Meto mi lengua profundamente en su boca mientras ella gime y levanta sus caderas para que pueda penetrar aún más adentro.

Sus gemidos se convierten en pequeños gritos y aparta su boca de la mía cuando otro orgasmo la golpea. Todo su cuerpo tiembla debajo de mí y hago una mueca cuando su coño se aprieta alrededor de mi polla tan fuerte que apenas puedo respirar.

Otra oleada de jugos cálidos brota y cubre mis testículos balanceándose.

Sentir su calidez apretada alrededor de mí desencadena algo y parece que pierdo el control.

La intensa necesidad de preñarla surge con fuerza. Agarro su cuerpo tembloroso con mis fuertes brazos y la follo tan duro como puedo. Cualquier autocontrol que tenía se ha ido. Es una follada primitiva. Cruda y feroz.

Todos los años de espera avanzan en una ola salvaje de necesidad. Los días de soñar con ella, desearla, obsesionarme con ella, se unen en un punto de ruptura.

Ella gime y grita mi nombre mientras la follo con fuerza. Cada empuje poderoso la hace gritar mi nombre, pronunciando palabras y vocales incoherentes.

No me detengo. No *puedo* detenerme.

Necesito preñar este coño maduro. Ahora.

Fuertes gruñidos salen de mi garganta mientras la sostengo fuerte y empujo profundamente. Mis testículos llenos se tensan y suelto un rugido.

Mi cuerpo tiembla mientras vacío cada última gota de semen dentro de ella. Dentro de su joven y maduro vientre, dentro de su cálido y húmedo coño.

Ella llega al clímax de nuevo, pero esta vez yo estoy allí con ella. Nos fundimos el uno en el otro mientras el calor nos consume.

Es mejor que el cielo. No puedo creer que sea real.

Saber que es mía, que podría estar embarazada en este preciso instante de mi hijo, me hace el hombre más feliz del mundo.

La sostengo mientras me doy la vuelta y ella apoya su mejilla exhausta sobre mi pecho. Traza mis tatuajes con la yema de su dedo mientras trata de recuperar el aliento.

Se siente tan suave y pura. Aquí es donde pertenece.

—Te amo, shushukins —digo mientras beso su cabello negro—. Y siempre lo haré.

Ella sonríe mientras me mira con los ojos azules más sensuales que pueda imaginar. Yo sonrío cuando ella besa la punta de mi barbilla.

—Yo también te amo, mi loco guerrero samoano.

—Bien. Porque vamos a estar juntos para siempre.

Ella sonríe mientras baja su barbilla de nuevo y escucha los latidos de mi corazón. El corazón que late por ella.

—Eso es lo que esperaba que dijeras.

La abrazo fuerte mientras mi pene comienza a endurecerse dentro de ella una vez más.

No estoy seguro de qué la trajo aquí conmigo. ¿Suerte? ¿Destino? ¿Dios? ¿Azar? Quién sabe...

Lo único que sé es que ahora está aquí, es mía, y nunca la dejaré ir.

Jamás.

CAPÍTULO NUEVE

Zoey

Aproximadamente un mes después...

—Zoey, esa entrevista con Akea —dice Chuck, negando con la cabeza incrédulo—. *Increíble*.

Sonrío. Estoy esperando en la fila con los otros reporteros para entrar al vestuario después del partido para las entrevistas y me recuerda a mi primer día. Chuck no podía dejar de poner los ojos en blanco y reírse de mí, y ahora parece asombrado.

—Fue tan inspiradora —continúa—. Me encanta su mentalidad de guerrero.

La entrevista, que convertí en un largo artículo, fue publicada en la primera plana del New Zealand Herald. Fue un éxito tan grande que otros periódicos alrededor del mundo también la publicaron.

Mis jefes en Boston estaban encantados e incluso me pidieron que volviera con un ascenso. Tuve que fingir que el teléfono se estaba cortando porque no podía parar de reír. Como si alguna vez fuera a dejar este lugar.

En el último mes, Akea me ha hecho más feliz de lo que nunca he sido antes. Nunca me apartaré de su lado.

—Deberías convertirlo en un libro —dice Chuck con un asentimiento entusiasta—. Seguro que sería un éxito de ventas.

—Hmmm. —Inclino la cabeza mientras lo pienso. Sería un gran libro y me *encantaría* trabajar en él con Akea. Sonrío cuando imagino cuánto tiempo nos llevaría. Estaría quitándome la ropa y doblándome de una manera diferente después de cada frase. Eso podría ser divertido. Eso podría ser *muy* divertido.

—Estoy impresionado —continúa Chuck—. No creía que lo tuvieras en ti cuando llegaste por primera vez, pero eres una verdadera periodista.

—Gracias —digo, sintiendo que mis mejillas se sonrojan.

Si está impresionado con ese artículo, lo que viene le va a volar la cabeza. El artículo sobre Akea no es nada comparado con lo que saldrá a continuación. He escrito un largo artículo sobre el comisionado revelando décadas de su corrupción y abusos de poder. Finalmente lo derribará.

La grabación de nuestra reunión es solo la cereza del pastel de una enorme pila de evidencia condenatoria.

Su obsesión de toda la vida por arruinar la reputación de Akea y su familia pronto quedará enterrada bajo una montaña de escándalo. La disputa terminará y Akea será el ganador.

Gracias a mí.

Nadie se mete con *mi* hombre.

Parece que soy tan posesiva con él como él lo es conmigo. Justo como a ambos nos gusta.

—¿Te importaría echar un vistazo a mi artículo para ver si puedes darme algunos consejos? —pregunta Chuck mientras saca unos papeles de su bolso.

—Claro —digo mientras los tomo—. Estaré encantada. —No puedo creer que el tipo al que admiraba al principio ahora me esté pidiendo consejos a *mí*.

—Muy bien, señoras y señores —dice el guardia de seguridad mientras alcanza la puerta—. Ya saben cómo va esto.

Las mariposas comienzan a revolotear en mi estómago, pero esta vez no es por nervios, es por emoción. Siempre me emociona ver a mi hombre después de un partido. Acabo de pasar la última hora y veinte minutos viendo a mi poderoso hombre derribar a cualquiera que intentara tocarlo. Eso *siempre* me excita.

Sigo a la multitud de reporteros al vestuario, pero esta vez no se dispersan todos hacia los jugadores, están todos agrupados junto a la puerta, luciendo confundidos.

—¡Muévanse! —grita Chuck mientras se abre paso. Me agarro de la parte trasera de su camisa y lo sigo.

—¿Qué...?

Mi boca se abre al igual que la de todos los demás. Todo el equipo está vestido con esmoquin y de pie en una línea. Bueno, todos menos Akea...

Tamati, el mejor amigo de Akea en el equipo, se pone de pie erguido.

—*¡Kah Mo!* —grita con su voz profunda y retumbante.

Los reporteros se quedan congelados mientras todo el equipo responde: —*¡Hiii!* —y se agachan poniendo sus manos en las costillas.

Todos nos miran con expresiones feroces, sus cuerpos de guerrero flexionados y listos para la batalla.

—*¡Ringa Pakia!* —grita Tamati y todo el lugar cobra vida con pisotones, palmadas en los muslos y gruñidos profundos. Están haciendo el Haka para nosotros y me pone la piel de gallina.

Es la danza ceremonial samoana y siempre me hace llorar verla.

—*Rite ko te rite... ¡Hiii!*

Todos están pisando fuerte y golpeando sus muslos al ritmo mientras nos quedamos allí

fascinados.

—*Ka rite... ¡Ha!*

Comienzan a sacar la lengua e inflar sus caras mientras golpean sus duros músculos al ritmo atronador. Ojos bien abiertos. Cuerpos flexionados.

—*¡Ko Zoey Māori e ngunguru nei!* —grita Tamati.

—*¡Au au aue ha!* —Responden al unísono.

El vestuario estalla en el Haka y las lágrimas comienzan a picar en mis ojos. Todos me están mirando.

Alcanza un poderoso crescendo mientras todos nos honran con su hermosa danza tradicional.

De repente, termina y la multitud de hombres musculosos se separa para revelar a Akea arrodillado sobre una rodilla. Lleva un esmoquin y sostiene una pequeña caja azul abierta con un anillo de diamantes dentro.

Sus ojos están fijos en mí.

Mis piernas se vuelven temblorosas, pero de alguna manera logro caminar hacia él.

Me cubro la boca con manos temblorosas mientras las lágrimas caen de mis ojos.

—Zoey —dice suavemente mientras me mira—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me dejo caer de rodillas frente a él y lo beso larga y apasionadamente en los labios mientras todos vitorean.

—Sí —jadeo cuando me separo—. ¡Un millón de veces sí!

EPÍLOGO

Zoey

Cinco meses después...

Las grandes y fuertes manos de Akea están sobre mí, moviéndome arriba y abajo, arriba y abajo. Está gruñendo con fuerza y tiene todo su cuerpo en tensión.

—Ochenta y nueve —digo—. Noventa. Noventa y uno.

Estamos en la cama, pero no estamos haciendo nada indecente. Bueno, al menos no en este momento.

Me está levantando como si fuera una pesa. Tiene una de sus grandes manos sujetando mi muslo y la otra agarrando mi hombro mientras me levanta arriba y abajo como si no pesara nada.

Estoy embarazada de cuatro meses y acabo de quejarme de que me estaba poniendo tan grande que ni siquiera él podría levantarme. Vaya si estaba equivocada.

—Noventa y ocho. Noventa y nueve. Cien.

Sigue y sigue. Por supuesto que lo hace...

Mi semental samoano puede seguir *toda* la noche.

—Creo que ya puedes parar —digo con una risita.

Gruñe mientras me levanta de nuevo. —Puedo llegar a mil.

—Sé que puedes. Pero vas a hacer que me maree.

Inmediatamente me baja y me atrae contra su pecho. Sus grandes y reconfortantes brazos me envuelven mientras se incorpora y me estrecha en su abrazo. Me derrito contra su cálido pecho y su corazón palpitante. Me encanta estar aquí.

Mi dedo empieza a recorrer el intrincado tatuaje de su bíceps y sonrío cuando veo que se le erizan los diminutos vellos.

—¿Te sientes bien? —pregunta.

Sonrío y dejo escapar una pequeña tos fingida. Me besa la frente mientras me atrae más hacia

él.

Estaría mintiendo si dijera que no estoy aprovechándome del embarazo... solo un *poquito*.

Pero es tan adorable cómo se preocupa por mi seguridad y bienestar. Deja todo lo que está haciendo para asegurarse de que estoy cómoda, bien alimentada y que tengo todo lo que necesito. ¿Es mi culpa si insiste en darme largos masajes en los pies?

—Estoy bien —pongo un pequeño gemido en mi voz como solía hacer cuando tenía un examen de matemáticas y le decía a mi madre que estaba demasiado enferma para ir a la escuela —. Es solo que... me duelen un poco los pies.

Inmediatamente me coloca sobre las suaves almohadas y toma mis pies entre sus gigantescas manos. Es tan grande y áspero, pero conmigo es tan delicado y suave. Me trata como si fuera lo más frágil del mundo y me encanta.

Amo todo de este hombre.

Ha convertido Nueva Zelanda en mi paraíso y nunca quiero irme.

Incluso he aprendido a amar el rugby y me emociona imaginarle enseñando a jugar a nuestros hijos. Vamos a tener suficientes para formar un equipo completo, por la forma en que habla constantemente de llenarme el vientre de bebés.

Todo me suena perfecto.

Después de que Walter Reynolds fuera despedido de su trabajo, un nuevo comisionado ocupó su lugar. Este tipo *adora* a Akea y lo ha convertido en el embajador del deporte.

Hice un reportaje sobre él y sus planes para revolucionar el marketing del deporte y penetrar en Norteamérica a nivel profesional. El artículo consiguió la portada de la revista Sports Illustrated y ha sido lo más destacado de mi carrera. Desde entonces todas las grandes cadenas deportivas me han estado llamando.

Pero no voy a ir a ninguna parte.

Amo Nueva Zelanda y amo cubrir el rugby. Principalmente porque me permite contemplar a este bombón tatuado todo el día.

Una vez que mis pies están bien masajeados, las grandes manos de Akea empiezan a hacer travesuras. Suben por mis piernas hasta que estoy totalmente mojada y jadeando.

Mis labios se curvan en una sonrisa traviesa.

—¿Sabes? —digo con un suspiro—. Me estoy poniendo demasiado grande para que me folles.

Me levantó cien veces cuando dije que era demasiado grande para levantarme, tal vez funcione también con esto.

Se quita la camisa de su enorme cuerpo mientras se acerca con una feroz intensidad brillando en sus ojos. Trago saliva mientras mi cuerpo se derrite bajo su ardiente mirada.

Pero a diferencia del ejercicio de levantamiento, no le detendré a las cien embestidas.

Se coloca sobre mí y presiona su dura verga contra mi sexo haciéndome gemir.

Esta vez vamos a por mil...

EPÍLOGO

Akea

Tres años después...

—¿Podemos concentrarnos, por favor? —dice Zoey con una risita mientras trazo con mi dedo su muslo. Me aparta la mano, pero regresa un segundo después.

—Tú concéntrate en el libro. Yo me concentraré en estas adorables pequeñas piel de gallina en tus sexys piernas.

—Mis adorables pequeñas piel de gallina no llegarán a la lista de los más vendidos del New York Times. Tu libro sí podría.

—*Nuestro* libro. Lo estamos escribiendo juntos.

Ella sonríe. —No estamos *escribiendo* nada. Lo único que estamos haciendo juntos es tener sexo por todas mis notas.

Mi mano llega hasta su coño y ella cierra los ojos y gime cuando paso mis dedos por su raja. Puedo sentir la humedad a través de su pantalón de pijama. Ya está mojada para mí.

—No empieces —dice, pero sus piernas se abren lentamente y tiene esa mirada vidriosa en sus ojos. Lo quiere tanto como yo.

Llevo mis dedos a mi nariz y huelo su dulce aroma mientras su cuerpo se retuerce en la cama.

—Han sido tres semanas de trabajo y ni siquiera hemos terminado el primer capítulo —dice mientras me ve olfateándola en mis dedos. —Los niños están con la niñera. Tenemos que terminar esto.

—Tienes razón —digo mientras me agacho hacia su pantalón de pijama. Ella jadea cuando se lo arranco de las piernas. —¿Me estás escuchando?

—Sí —digo mientras se lo quito de los pies. No lleva nada debajo. —Definitivamente te escucho.

Mis ojos están fijos en su bonito y rosado coño que se está mojando más frente a mis ojos. Agarro la parte trasera de sus rodillas y empujo sus piernas hacia atrás hasta que prácticamente están en sus axilas. Puedo ver *todo* y eso me pone la polla dura como una roca.

—Así que, capítulo uno —dice entre jadeos. —¿Cómo vamos a... *oh, mierda*...

Mi lengua toca su dulzura y ella deja caer la cabeza hacia atrás y se derrite en la cama. Joder, me encanta lamer este coño. Sus jugos son más espesos que la miel y más dulces que los caramelos.

Devoro cada centímetro de ella, desde su pequeño y rosado ano hasta su jugoso y maduro coño. Ella agarra las sábanas y las arranca del colchón mientras la mimo con mi lengua codiciosa.

—Oh, Akea —gime mientras se retuerce. Su espalda se arquea cuando mi lengua toca ese punto correcto dentro de ella y grita fuerte.

El libro está olvidado. La lista de los más vendidos del New York Times puede irse al carajo. Todo lo que queremos, lo tenemos, justo aquí...

—Me encanta cómo mi shushukins se pone tan jodidamente mojada. Podría lamer esta dulce crema de tus labios rosados todo el día. —Deslizo mi lengua sobre su clítoris mientras entierro mi cara en ella.

Ella gime mientras clavo mi lengua profundamente y saboreo su interior. —¿Te gusta cuando te lamo este pequeño y estrecho coño?—

—*Sí*—, gime. —Me encanta, joder —.

—¿Y cuando te hago cosquillas en el ano?—

Ella gime profundamente mientras deslizo mi lengua por su raja y la hago girar alrededor de su rosado anillo.

Me recuesto y miro su hinchado coño. Está completamente expuesta frente a mí y eso hace que un gruñido salga de mi garganta.

—Sabes que nunca vamos a terminar este libro—, digo mientras me limpio el jugoso desastre que hizo en mi barbilla.

Su pecho sube y baja con cada respiración agitada. Me lamo los labios cuando veo sus duros pezones apuntando a través de su delgada camisa.

—Lo sé—, suspira mientras saco mi dura polla. Ella deja escapar un gemido profundo cuando la introduzco en su coño con un rápido empujón de caderas.

—Tal vez deberíamos hacer un documental en su lugar—, digo mientras empiezo a follarla más fuerte.

Ella sonríe entre gemidos. —Se convertiría en una película porno —.

Sonrío mientras imagino su cuerpo desnudo bajo luces brillantes. —Eso me parece bien —.

Aunque, nadie más que nosotros lo vería.

Esta chica ha sido mía durante tres años, pero aún soy increíblemente protector y posesivo con mi pequeña chiquilla. Ni siquiera me gusta que otros hombres le hablen o estén en la misma

habitación que ella.

Un video así en el mundo sería el fin de mí. Mi loco corazón estallaría.

Impulso mis poderosas caderas hacia adelante, empujándola hasta que ella se corre en mi dura polla.

—Oh, joder—, gime mientras se revuelca sobre sus notas, arrugándolas.

Su coño se aprieta alrededor de mí y eso me hace estallar. Envuelvo sus brazos grandes alrededor de su cuerpo y la sostengo fuerte mientras empujo con fuerza y me libero dentro de ella. Ella gime mientras la lleno con mi caliente semen.

Después de unos minutos de jadear y sostener nuestros cuerpos resbaladizos cerca, ella se vuelve hacia mí. —¿Listo para escribir ahora?—

Niego con la cabeza mientras la tomo y la vuelvo a abrazar. Ella gime cuando siente lo duro que estoy.

—Estoy listo para tomar otro descanso —.

EPÍLOGO

Zoey

Treinta años después...

Toda la familia está aquí. Nuestros cinco hijos y sus novios y novias. Todos los antiguos compañeros de equipo de Akea también están aquí. Mis colegas también vinieron. Amigos, familia, todos llegaron al evento.

Y aquí estamos nosotros, como una pareja de recién casados calientes, escondidos en el armario para un rapidito.

—¿No somos demasiado viejos para esto? —pregunto mientras el sonido metálico de la hebilla del cinturón de Akea llena el oscuro armario. Sostengo mi vestido alrededor de la cintura y mis bragas están enrolladas en mis tobillos. Estoy tan mojada.

—Nunca demasiado viejos, shushukins. Al menos no mientras sigas siendo una bomba —responde.

Mis mejillas se calientan. Después de todos estos años, este hombre todavía me hace sonrojarme.

Gimo y me derrito entre los abrigos cuando siento la punta de su dura verga deslizarse por mi húmedo y ardiente sexo. Sus fuertes brazos me atrapan y dejo escapar un pequeño gemido cuando sus manos descienden y me levanta. Mi espalda está contra los abrigos de los invitados mientras me baja sobre su miembro.

—Joder —gemimos ambos al mismo tiempo mientras me deslizo por completo sobre su gruesa longitud. Estoy tan mojada que mis jugos salpican la base de su verga. Solo espero que no deje manchas en nuestra ropa bonita. Todavía tenemos discursos que hacer.

Hoy es el día en que Akeakamai Saluni es incluido en el Salón de la Fama del rugby.

Estoy tan orgullosa de mi hombre.

Hemos pasado por mucho juntos. Hijos, matrimonio, un libro bestseller del New York Times

(que nos tomó cuatro años escribir), y el año pasado nos convertimos en los dueños de los New Zealand Mostly Grays. Nuestro hijo mayor, Nikau, está en el equipo y nos encanta verlo desde el palco de los dueños.

Cada año parece ser mejor con este dios samoano.

Estoy tan feliz de ser su esposa.

—¿No se estarán preguntando dónde estás? —pregunto entre jadeos y gemidos roncos.

—Que lo hagan —gruñe en mi oído mientras empuja con fuerza—. Si preguntan, les diré que estoy cuidando de mi esposa. Soy un esposo antes que un jugador de rugby. Deberías saber eso, shushukins.

Gimo cuando me llega tan profundo. Dios mío, su verga entra tan jodidamente *profundo*.

—Lo sé —gimo. Siempre me ha puesto primero. *Siempre*.

Empiezo a sentir un fuerte orgasmo acercándose como si una presa hubiera reventado. Me aferro a Akea. Estoy parada en el río con el agua hasta los tobillos, mirando cómo se acerca un tsunami.

Cuando llega, entierro mi boca en su redondo hombro y trato de no gritar, pero es difícil no hacerlo. Me aprieta fuerte y gimo cuando siento su verga palpitar dentro de mí, llenándome por dentro con su cálido semen.

Unos minutos de besuqueos después, nos arreglamos la ropa y salimos del armario.

Nadie lo sabe, excepto nosotros.

Todavía puedo sentir su cálida pegajosidad entre mis muslos mientras saludamos a los invitados.

Es nuestro pequeño secreto.

Uno de los aproximadamente diez millones que hemos compartido a lo largo de los años...

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Perdido en las montañas

Los Chicos de la Montaña Greene

Libro 1

Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Tomé un giro equivocado en estas locas carreteras de montaña en medio de una intensa tormenta y ahora estoy atascada.

La carretera es puro barro. O incluso podría ser arenas movedizas por la forma en que está tragándose mis neumáticos.

No voy a ninguna parte.

Lo cual es un fastidio porque tengo un lugar importante al que ir.

Soy la dama de honor en la boda de montaña de mi mejor amiga y la cena de ensayo es mañana.

¿Cómo demonios voy a llegar a tiempo?

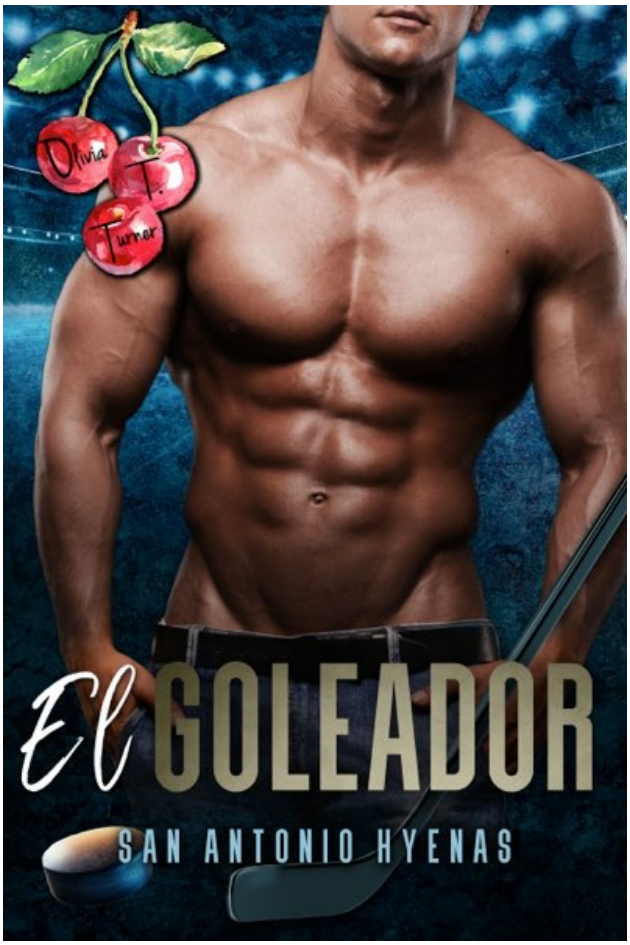
No hay nadie alrededor para ayudar y si me alejo, probablemente termine siendo la cena de un

oso grizzly.
Necesito un hombre.
Un hombre de montaña grande y musculoso para sacar mi coche del barro.
Y justo cuando estoy en mi momento más desesperado, uno aparece.
Tyler Becker.
Grandes músculos, tatuajes atractivos y una barba que podría hacer que una monja reconsidere sus decisiones de vida.
Sale de la camioneta como un sueño hecho realidad.
Y aquí estoy yo, pareciendo una pesadilla.
Mojada, malhumorada y cubierta de barro.
Pero por alguna razón loca, este guapo hombre de montaña está bastante prendado de mí.
Parece un poco obsesionado.
Para alguien que estaba irremediablemente perdida hace un minuto, De repente me siento encontrada...

Carrie puede estar perdida, pero está exactamente donde necesita estar: en los grandes brazos tatuados de un ardiente hombre de montaña posesivo. ¡Este alfa obsesivo sabe cómo tratar bien a una chica de ciudad!

Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión en una lectura SEGURA sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí



El Goleador
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

He estado enamorada de Sebastian Kemp desde segundo grado.
Sí, *el* Sebastian Kemp.
Jugador de hockey mundialmente famoso. Playboy internacional. Guapísimo rompecorazones.
Lo sé, ¿verdad? Ponte a la cola.
He sido la mejor amiga de su hermana menor desde segundo grado, pero estaba convencida de que él había olvidado que yo existía.
Por eso me sorprendí tanto cuando encendí las noticias y vi mi nombre y mi cara por todas partes, diciendo que estábamos comprometidos.
Aparece de la nada.
Ocho años desde la última vez que lo vi y de alguna manera se ve aún más guapo.
Dice que necesita que finja ser su prometida.

Solo por una noche.
Qué provocador.
Es como finalmente conseguir tu postre favorito, pero solo te dan un pequeño bocado.
Aun así, cualquier probada de Sebastian es mejor que nada.
Le daré un mordisco en cualquier momento.
Al final de la noche, mi amor platónico de toda la vida parece que quiere devorar*me*.
Pero, ¿es real o parte de la farsa?
No tengo ni puckin' idea.

Conviértete en fan del equipo de hockey más candente de la ciudad: Los Hienas de San Antonio. ¡Donde los chicos saben cómo manejar sus grandes palos y son tan calientes que derretirán el hielo!

Una nueva serie de hockey ardiente de la especialista Olivia T. Turner. Amor a primera vista en su máxima expresión sin infidelidades y siempre garantizando un final feliz súper dulce.

Obtén el libro aquí